

El jaenero al-Gazal: Yahya ben Hakam al-Bakri⁽¹⁾

Por Luis GONZALEZ LOPEZ

EN TRATOS CON EL RUISEÑOR Y LA ROSA

SIEMPRE ha constituido una preocupación mía —digamos, con mayor exactitud, una obsesión esperanzada— estudiar la figura literaria y los contornos políticos de un personaje importantísimo, jurista, poeta y diplomático, nacido en Jaén, de quien poco dicen los historiadores de la literatura arábigo-española: Yahya ben Hakam al-Bakrí. Tema éste difícil, aunque lleno de sugerencias encantadoras para un lírico tenazmente aferrado a su *yo* inmeritorio, pero audazmente sensible al contacto de las formas poéticas o de las vidas humanas que dejaron huellas de amor, de intriga, de aventura romántica en el seguro de la posteridad.

Razones de indudable convencimiento me movieron, además, a no rehusar el propósito inicial: de una parte, rectificar errores abiertamente difundidos en publicaciones notables, y, de otra, demostrar que en los cielos y los suelos claros de Jaén han existido siempre luces de ingenio poderoso—hombres, autores, artistas, guerreros, poetas, sabios, diplomáticos, políticos..., valores, en fin—capaces de conquistar la fama.

(1) Discurso de Ingreso en el Instituto de Estudios Giennenses.

Me adelanto a justificar estas razones. Asistimos a un gran acontecimiento de rehabilitación nacional. No bastan las urgencias del quehacer material para alcanzar las metas propuestas; es preciso que la tarea común—el trabajo que los españoles nos hemos impuesto, vigilantes de nuestro deber—se acompañe al ritmo creador de las indagatorias formales. Hemos de buscar nuevas fuentes de riqueza en orden a la superación de nuestra economía. Ciertamente. De tal manera que, en este punto, la imaginación nos impulsa a remover y actualizar sencillamente la ya milenaria fábula de Prometeo.

No se diga, como algunos escritores de nueva promoción propalan, que hay que abandonar las antiguas ficciones poéticas por inútiles para la realidad doliente y cruda de nuestro tiempo. Pudiéramos repetir, absortos en la contemplación de un ideal soñado, que los viejos mitos no han muerto, que seguirán influyendo en los destinos humanos y que abrirán, a cada momento que la fantasía los evoque, nuevos horizontes en el ancho paisaje de las actividades soberanas que los individuos y los pueblos tengan al alcance de sus inteligencias. Todos esos viejos mitos—al parecer, ya jubilados—resurgen “en los más profundos y fecundos estratos del alma humana” donde se hallan sepultadas sus raíces, porque “cuanto hay de misterioso en la entraña de la vida palpita en sus ficciones”.

Titán mitológico, Prometeo roba al Sol algunas hebras de su cabellera incandescente para encerrarlas en un tallo hueco de férula y así poder ofrecerlas, como poderoso talismán, a la Humanidad encadenada a la esclavitud de un medio hostil y bárbaro de naturaleza inferior, rudimentaria y material. Preside su acción la grandeza de una conquista—la del fuego—que ha de sacar de su proscripción a los mortales, poniéndoles en camino de que sus fuerzas espirituales ignoradas sojuzguen a todos los poderes vengativos, representados en la fábula por la soberbia y el rencor de Júpiter. No pudo éste soportar que la materia quedara subyugada al éxito de Prometeo y entonces el titán del cetro de oro fué encadenado “con argollas de cobre a una roca del Cáucaso”. Sobre el azote cruel de las aguas y los aires furiosamente precipitados contra su cuerpo desnudo, “un buitre desgarraría y devoraría las entrañas del héroe”, al sol hiriente,

y “cuando cayesen las sombras de la noche, las vísceras roídas volverían a crecer para, a la mañana siguiente, ofrecerse, rojas y cálidas, a la voracidad tenaz”.

Hércules puso término al feroz tormento de tántos y tántos años, libertando a Prometeo, luego de matar con las flechas de su arco al buitre insaciable, si bien condenado a llevar a rastro de su pie un pedazo de la roca que le sirviera de guarida.

Demos a la fábula, siempre original, siempre nueva, pese a las decepciones de la fantasía, el escenario de nuestra vida interior. Prometeo ha engendrado muchos hijos que reparten por el mundo conocido las aspiraciones del bienestar y del progreso universales. Cada pueblo, cada haz de pueblos; cada sociedad natural y política organizada para cumplir unos fines comunes en su área vital, geográfica, histórica, anhela utilizar las hebras áureas que el titán arrancara al Sol para darlas, encerradas en un tallo hueco de férula, a los hombres en señal de poder sobre las fuerzas oscuras de la materia. A su imperio nacen las auroras de cada día; el hombre medita que es algo más que un pobre animal sujeto a las miserias y servidumbres de la tierra; aspira a sacar de ella, penetrándola con afanes de pensamiento y de trabajo, las energías soterradas... aguas, minerales, frutos que habrán de colocarle en situación de prosperidad futura; pugna, en fin, por descorrer el velo del Enigma, elevándose a las alturas desde su condición humilde. “En la evolución de la vida, desarrollando la *necesidad de ser* que es la vida misma, apareció el hombre. Apareció, agente de lógica, creador del *instrumento* y de la *palabra*, dotado de iniciativas sorprendentes que, en el transcurso de los siglos, acrecen sin cesar su poder, ya por el progreso lento, ya por inventos admirables”, escribe Henri Berr al frente de una gran obra de Luciano Febvre, catedrático de la Universidad de Estrasburgo, intitulada *La Tierra y la Evolución Humana*. Y así es, exactamente, cualquiera que sea el ángulo de observación filosófica en que nos situemos, cómo puede comprenderse que esa “*necesidad de ser* que es la vida misma” impele al hombre —al hombre y a la sociedad en que centra su actividad creadora —a salirse de su propia costra para utilizar, en provecho de la comunidad social, la antorcha de fuego que le diera Prometeo.

De nada le valdría, no obstante, la majestad de su poder si no hiciera posible el empuje de las energías espirituales sobre el quehacer material. Roturar terrenos, plantar árboles, sacar a flote inagotables veneros, forjar industrias en la extensión de los agros nacionales, cansados de soledad y desamparo; edificar, construir, llenar de sol y de alegría cristiana los suelos irredentos... tarea es que el sujeto de la Creación ha de cumplir en favor de la Humanidad frente a la ceguera regresiva de quienes pretenden hallar el bien destruyéndolo a ramalazos devastadores.

Por fortuna, ese es el desvelo que la hora prima ha señalado en el cuadrante solar de España. Todos a una, como hormigas laboriosas en hormiguero febril, allí donde el deber y la geografía peninsular determinen un puesto de trabajo para cada uno de nosotros. Y nuestra geografía y nuestro deber están aquí, en este sufrido pedazo de la Patria que se llama Jaén —la Capital y los pueblos—, no sólo rincón amado donde las abejas de Virgilio destilan mieles en el ramaje de los olivos bíblicos, sino foro y ágora, liceo y campamento, bastión y frontera, monograma de Cristo y ancho hogar en el que la familia católica se unge con el óleo de sus campos.

Disculpad la digresión. Estoy en tratos con el ruiseñor y la rosa y, a veces, dejo vagar el alma a su placer. He pensado que Jaén, que ya figura en lugar preferente de las cátedras libres en que el pensamiento rector de las disciplinas intelectuales se cultiva, ha de promover introspecciones ilusionadas y tenaces para conocer —en afanosa búsqueda de papeles y documentos antiguos— su verdadera historia; ha de empeñar su nombre en la revelación de personas y cosas injustamente olvidadas. La Historia, en general, se construye con las aportaciones de la crónica local. Bien está que manejemos un río, un pantano para la fertilidad de una comarca estéril; o que hagamos arbolado prometedor en un calvero con perspectivas estéticas forestales o pastorales. La razón de existir así lo exige; de existir, no a la manera vegetativa de un ser puramente orgánico, necesitado de nutrición para sostenerse, sino en prenda de soberanía para ganar riqueza y bienestar, arrancándole a la Naturaleza sus secretos. Pero yo me pregunto: “¿Es esa nuestra única misión?”

¿No somos columnas de iluminación en la sombra, dueños de un alma pensativa y gozosa, señores y muy señores de nuestro albedrío?" En la tabla de los valores humanos casi ninguna grandeza material marca su cifra. "El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la Humanidad", ha sentenciado, en su famoso *Ariel*, José Enrique Rodó; y luego añade, en su formidable discurso a la juventud de América: "Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en la presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota y quizá no sospechada región para una inmensa parte de los otros. Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad en definitiva material. Y bien, este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales".

A salvarme de ella consagré mis aficiones y mi temperamento desde muy temprana edad; y hoy, ya con demasiadas canas blanqueándome el cabello, sigo en tratos con el ruiseñor y la rosa; quiero decir que me siento insobornablemente inclinado al diálogo de la belleza, al cultivo de los intereses del espíritu, antes que a los imperativos de la razón práctica.

Por ello, vuelto de cara a Jaén, imito, en su servicio, la suerte de Cleanto. "La escuela estoica —apunta Rodó—, que iluminó el ocaso de la antigüedad como un anticipado resplandor del Cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio de los

rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto, de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto."

Idealista irreprimible, he dejado mi quehacer cotidiano ("Ganarás el pan...") para entregarme a una labor de síntesis poética en la que juegan, tanto los ardidés de la imaginación, como las realidades del Islam en la morisca Jaén: una especie de cuento oriental grávido de bellezas literarias extraídas de su fondo sobre el que perfila su silueta al alfaquí Yahya ben Hakam al-Bakrí, "árabe oriundo de Jaén, al que en su juventud habían dado el apodo de al-Gazal, "la gacela", por su esbeltez y belleza", según literalmente expresa Lévi-Provençal, profesor insigne de la Sorbona y director del Instituto de Estudios Islámicos de la Universidad de París, en su magna y recentísima obra maestra *Historia de la España musulmana* (traducción e introducción hechas por el catedrático de árabe de la Universidad de Madrid, don Emilio García Gómez, tomo IV de la monumental *Historia de España* que dirige don Ramón Menéndez Pidal).

Y en ella y a su autor, Lévi-Provençal, hemos de referirnos con alguna frecuencia en este estudio, ya que "el eminente profesor de la Sorbona es el verdadero sucesor del gran Dozy y el que va llevando a cabo los proyectos ensoñados por Cordera", en opinión de García Gómez, y "una vida todavía no larga, pero sí fecundísima, dedicada casi por entero a la historia del Occidente musulmán; una feliz estrella que le ha consentido hacer descubrimientos sensacionales; la posesión exclusiva de algunos de estos nuevos y preciosos documentos; una montaña de ediciones, traducciones y monografías, más algunos libros de síntesis, redactados con raras seguridad y maestría, le aseguran en este campo de los estudios hispano-árabes una superioridad indiscutible."

LA CASIDA Y EL ZEJEL

ANTES del Emirato, los más antiguos cantos árabes henchían sus venas líricas con las hazañas de los guerreros. Nada podía frenar el corcel desbridado del valor en la pelea del beduino, y los poetas dedicaban, ya sus composiciones estróficas, ya sus descripciones libres, a exaltarlo en las acciones bélicas, en aventuras y correrías por el desierto. Confirma este aserto el gran arabista, ya extinto, don Angel González Palencia, en su manual —“manualito” le llama Lévi-Provençal— de *Historia de la Literatura árabe-española*, al ofrecer esta muestra de la poesía de Antara, cantor y guerrero anteislámico:

“¡Cuántas veces he dejado tendido sobre el polvo al marido de una mujer bellísima, abriéndole las venas del cuello por una herida semejante a un labio hendido!

Mi mano le prevenía por un golpe rápido, y su sangre corría roja como el jugo del drago.

Hija de Malic (Abla), pregunta a los caballeros, si no conoces mis hazañas.

Ellos te dirán que yo estoy siempre montado en un caballo de alta talla, veloz y cubierto de numerosas cicatrices.”

Siempre, en los temas de la poesía anteislámica, vibra el nervio de las batallas “que los narradores —dice Ribera— divulgaban por calles, plazas y caminos”, propagándolas ininterrumpidamente la tradición oral a compás de los instrumentos musicales. Ni siquiera pudo restarles Mahoma brío, colorido e independencia a esos poemas; los historiadores afirman que, no obstante ser autor de algunas *suras* afortunadas, “no tenía temperamento poético” y, lo que es peor, “atacó la poesía, considerando que el demonio agitaba a los vates.”

Andalucía, en ésta como en tantas otras presencias de su espíritu sutil, marcó su influjo personal en las tendencias poéticas predominantes e incorporó a ellas una lírica pletórica de

imágenes extraídas del encanto de nuestros jardines y riberas, de las bellezas del campo lujuriente, de los mil atractivos del paisaje, dulzuras, apasionamientos, sentimentalismo, ensueños... todo lo que el Barón de Schack anota, con certera observación, en su *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia* y todo lo que el complejo espiritual de la región pudiera tener de común con el hechizo oriental.

Surge la poesía arábigo-española al contacto del Islam con el alma andaluza; y no sólo la poesía, sino el saber andaluz en toda su plenitud. Tuve ocasión de establecer cordial y ancho diálogo con un verdadero defensor de la cultura andaluza, no un intelectual impertinente con vanidad de hombre superior, sino el estudioso, el meditativo que centra su atención constante en el examen amoroso de las cuestiones que suscita el conocimiento de un hecho histórico transcendental. Blas Infante, escritor de justa notoriedad, legista y polémico, poeta y buen hablador de filosofías musulmanas, discutía conmigo, en tono menor, de lo que, en realidad, llegó a constituir su casi única obsesión: determinar el matriarcado de la cultura andaluza, de preferencia la arábigo-hispana. Acaso el entusiasmo contagioso de aquel buen amigo le llevara a exageraciones incompatibles con una crítica severa; el mismo entusiasmo del alemán Schack, que enfría nuestro Valera al traducir su obra renombrada, en 1881, con estas palabras de *Advertencia preliminar*: "Siempre he creído que toda gran civilización nace, crece y vive entre los pueblos que llaman de raza indo-germánica, y, en particular, entre los que habitan en Europa, sobre todo en el Mediodía: en Grecia, Italia, España y Francia. Sólo un pueblo de otra raza, un pueblo singular, los judíos, compite con los pueblos europeos, y aun descuella por su inteligencia, influyendo de un modo enérgico, poderoso y bienhechor en el progreso humano. —En los árabes veo poco o nada original, y no hablo del carácter, sino de la inteligencia, salvo la poesía ante-islámica, bárbara y ruda por los sentimientos, refinada, culterana y falta de todo ideal. Su filosofía, su ciencia, casi toda su cultura, y hasta cierto punto su poesía misma, posterior al islamismo, me parecen, como el propio islamismo, un reflejo y un trasunto del saber de los judíos y de las

civilizaciones de los pueblos indo-germánicos: en Oriente, de los indios y de los persas. Grecia influyó también, con extraordinario brío, en el desarrollo intelectual de los musulmanes; sin Aristóteles y Platón, acaso nunca los musulmanes hubieran filosofado; sin Hipócrates y Galeno, no hubieran tenido buenos médicos; ni hubieran comprendido nada de las ciencias exactas y naturales, sin Euclides, Ptolomeo y el ya mencionado Estagirita.”

Niega don Juan Valera que en las artes hayan tenido los árabes nada propio, excepto su arquitectura. “Aunque yo me admiro de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, mi entusiasmo no raya muy alto —dice—. No lamento y deploro tanto como otros el que se haya levantado un templo cristiano en el centro de la soberbia fábrica de Abderrahman. Todavía me parece aquel templo cristiano más noble y hermoso que el arábigo que le circunda, y los primores de la celebrada capilla, vulgarmente llamada *del Zancarrón*, no llegan, en mi sentir, a los primores de la sillería del coro, ni a la gracia y belleza de uno de los púlpitos.” ¡Qué lejos, entonces, el glorioso novelista de lo que escribiera, andando el tiempo, un andaluz de cepa, González Anaya, en su archifamosa novela *Los naranjos de la Mezquita!* “Siglos y siglos, en los mármoles que aún se conservan —tal vez, únicos— de aquel recinto religioso, proster-náronse por millones los hijos de Alah, reverentes; pero ¡ay!, ya nadie se aproxima a rezar sus azalas, con el semblante entre los cuencos de las manos, sino a profanar sus bellezas a la husma de profanas curiosidades: beocios de Cook, con su Baedeker, corán moderno de las rutas, y campesinos que lamentan el abandono incomprensible, la falta de altares y santos en aquellas capillas resplandecientes, donde las gemas, los mosaicos, los arabescos de colores, las esbeltas columnas rojas y verdes con los capiteles de oro, y cuanto decora sus muros y sus techumbres, perpetúa el arte y la riqueza del Califato.”

Pudiera pensarse que los orientalistas —nuestros arabistas más significativos, Gayangos, Conde, Codera, Ribera, Asín Palacios, González Palencia, García Gómez...— exageran las medidas al hablar, como lo hacen, de la cultura de los árabes andaluces. El mismo Valera, descontentadizo y exigente, no

se opone a la civilización arábigo-hispana en todas sus manifestaciones; lo que entiende es que "esta civilización debe mucho a la influencia inspiradora del cielo de Andalucía y a la raza que antes de la conquista habitaba allí." Y aún más, digamos con unos intrépidos admiradores del alma andaluza, Carlos y Pedro Caba, en su *Andalucía: su comunismo y su cante jondo*: "La magnífica cultura arábigo-española no esplende con su exponente máximo hasta los siglos XI y XII, es decir, tres o cuatro siglos después de la irrupción de los musulmanes en España, tiempo bastante para que la fermentación andaluza corrompiera y transformara la cultura invasora, asimilándose, claro está, muchas de sus características. En ese intercambio, ambas culturas se desdibujan un poco para conjugarse. La separación entre los imperios musulmanes del Oriente y Occidente no era ya sólo un hecho político, sino también social y de razas, es decir, desgajamiento en una cultura de ramas que han de transplantarse como esquejes a terrenos ya sedimentados por otras. Así se explica que en la batalla en que fué vencido El-Elá (general de un califa abásida) no se llaman, por los autores arábigos, árabes de los soldados de Abderrahmán, sino andaluces. Porque andaluza era ya toda la cultura llamada arábigo-española. Y ello es muy explicable. Los árabes trajeron a España pocas mujeres; hubieron, pues, de tomarlas entre los indígenas del país colonizado, por lo cual los árabes españoles atenuaron desde el principio su pureza aborígen. Desde el principio, decimos, porque al casar Abdela-zís con Egilona, viuda del rey don Rodrigo, se da el primer injerto conocido arábigo-español. Poco a poco ambas razas se enlazan y confunden. Esposas de emires y califas fueron españolas y específicamente andaluzas a lo largo de ocho siglos de convivencia."

No limitaría las dimensiones de este trabajo el examen dilatado de las varias causas determinantes de esas mutuas influencias estudiadas por los historiadores, entre ellos Guichot y Dozy, al apreciar el hecho de una cultura andaluza ya preexistente cuando el Islam hizo su aparición en España; nuestro propósito sólo actúa en un campo concreto de exploración que se contrae a la poesía lírica. Aunque bien pudiéramos recordar

al más joven y talentado de nuestros arabistas modernos, García Gómez, en sus *Poemas arábigo-andaluces*: "En todo problema relativo a la España musulmana es preciso contestar previamente a esta doble pregunta: ¿Qué dió el Islam a Alandalus?; y esta otra: ¿Qué dió Alandalus al Islam? En poesía, la respuesta es fácil, España dió al Islam su lírica propia..: la de los zéjeles y moaxahas... Y el Islam dió a España su lírica clásica, la casida del desierto." ¿Qué vienen a ser, aun en la actualidad, no obstante los períodos de deformación a que asistimos, esas formas poéticas, en parte desusadas, en parte conservadas? Para nosotros tiene especial importancia que Mocádem Benmoafa, el de Cabra (el Ciego), fuera "el primero que compuso poesías de la medida o clase de las *moaxahas* en nuestro país (Andalucía)" en versos cortos "semejantes a los hemistiquios de la métrica árabe." Composiciones en que "alternan las rimas a modo de *collar formado por dos líneas de perlas de distintos colores*", define González Palencia, haciendo constar que este género de poesía, "desdeñada, al principio, por los clasicistas, popular, escondida en el harem y en las bajas esferas sociales, se hizo, al fin, literaria." Literaria, si se quiere para uso de rebuscadores y eruditos, recelosa, a través de sucesivas transformaciones, de los elementos temáticos que entraban en su constitución como procedentes de la lengua romance.

Nadie con mayor autoridad que don Julián Ribera ha descubierto las influencias latentes de la lírica musulmana en la poesía andaluza, gracias a la exuberante imaginación del árabe típico y a su innata inclinación a la música, sentida "como una necesidad catártica de su alma atormentada." En *El Cancionero de Abencuzmán* ha demostrado el maestro de los arabistas españoles que todas las formas poéticas medievales se alimentan de la lírica andaluza, hecho no desmentido por Lévi-Provençal en conferencia dada a este propósito, en 15 de marzo de 1948, en el Instituto Francés, de Madrid; y aún más, ha probado aquél que no es, como afirmaba Menéndez y Pelayo, el sistema lírico provençal el más antiguo en los orígenes de la lírica europea. "Todo lo que la música significa para el árabe está revelado con deslumbrante claridad en *Las Mil y*

Una Noches,” leemos en *El Legado del Islam*, capítulo que firma Farmer, de la Universidad de Glasgow; y añade todavía: “El canto ha sido siempre apreciado de un modo más sensible por los árabes que la música instrumental. Su gusto apasionado por la poesía fué, hasta cierto punto, la causa determinante de ello, aunque el concepto jurídico, que miraba con desagrado la música instrumental, contribuyó también a la preferencia. Entre las formas poéticas del canto musical estaban, además de la oda o *qasida*, muchas composiciones cortas, tales como la *quitá* o fragmento, el *ghazal* o canción amorosa y la más popular *mawal*. En Occidente se introdujeron después otras formas poéticas, como el *zajal* y el *muwashsh*.” Exactamente el zéjel y la moaxaha, sistema inventado por Mocádem Benmoafa, el de Cabra (el Ciego), a que antes nos hemos referido.

Y bien, el zéjel —149 contiene *El Cancionero de Abencuzmán*— se caracteriza por su factura popular, sus estrofas simétricas y el estribillo que las entona. “Cantarcillo típico”, como lo juzga González Palencia, “villancico fronterizo de Andalucía”, según lo clasifica Rodríguez Marín, es lo cierto que a nosotros nos interesa conservar el más rico, el más armonioso, el de mayor belleza reiterativa que conocemos, verdadero cuadro plástico de las costumbres agrícolas del Jaén medieval.

*“Tres moricas me enamoran
en Jaén:*

Axa y Fátima y Marién.

*Tres moricas tan garridas
iban a coger olivas,*

en Jaén,

Axa y Fátima y Marién.

Y hallábanlas cogidas,

y tornaban desmaídas

y las colores perdidas,

en Jaén,

Axa y Fátima y Marién.”

Sígase y dígase “moricas” y no “morillas”, como sabiamente rectifica mi venerado maestro, ya extinto, don Francisco

Rodríguez Marín, a cuya autoridad indiscutida me remito; y no han de apuntarse razones lingüísticas para comprender que la forma desinencial *ico-ica* es más connatural en Jaén que la de *illo-illa*.

El Cancionero de Palacio, editado por Barbieri, recoge el cantar popular, conocido como procedente del acervo poético anónimo del siglo XV, al modo corriente y vulgar, por *Las tres morillas*, del que podemos ufanarnos; tanto más, cuanto que él, y no otro, sirvió al arabista Ribera “de hilo conductor en el estudio histórico de la música medieval.” Después volveremos sobre sus posibles antecedentes y semejanzas, dejando, no obstante, bien sentado ahora que no sólo se cantaba en España durante el siglo XVI, sino que hoy —en Jaén, al menos— lo guardamos como una antigua joya de precio o un vino mulso y lo aireamos también, frecuentemente, con la gracia de lo típico, de lo autóctono en nuestro mundo local.

Es, pues, un hecho históricamente probado que Alandalus dió al Islam su lírica propia, la de los zéjeles y moaxahas, y, en cambio, recibió de aquél la clásica de las casidas, “en las cuales —explica Adolfo Federico de Schack— el poeta convida a uno o más amigos, que le acompañan en su peregrinación, a lamentarse con él sobre el suelo dichoso, ya abandonado, donde moró su amada.” Y es que “en el antiguo arte poético del desierto, con sus descripciones convencionales hechas en lenguaje pulido, símiles conceptuosos, metros complejos y rima impecable (porque el árabe fué la primera de las lenguas occidentales que insistió en la rima perfecta como elemento esencial de la poesía), cada oda se iniciaba como un lamento por la marcha de algún ser amado cuya memoria se evoca al volver a visitar determinado lugar del desierto”, comenta Gibb, profesor de árabe en la Universidad de Londres, utilizando precisiones como ésta: “Las imágenes atrevidas y sensuales de amor material dominan la poesía islámica, lo mismo árabe que persa.” Almas decepcionadas que cantan la pasión viciosa o heroica del beduino, o los raptos de amorosa locura, o el placer ido, o la ausencia de la belleza licenciosa y desnuda, o la pérdida del bien real que más se adoraba. Ambas composiciones de acento elegíaco como las que hizo en prisiones el infor-

tunado rey Al-Motamid, de Sevilla, o semejantes a las que Abul-Beka, de Ronda, dedicara a la caída más o menos próxima del Islam en España, luego de rendirse Córdoba y Sevilla al empuje militar de San Fernando.

*“Cuanto sube hasta la cima,
desciende pronto, abatido,
al profundo.*

*¡Ay, de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!*

*En todo terreno ser
sólo permanece y dura
el mudar.*

*Lo que hoy es dicha o placer,
será mañana amargura
y pesar.*

*Es la vida transitoria
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve a toda gloria
tiene el tiempo presuroso
concedido*

.....
*¿Con sus cortes tan lucidas,
del Yemen los claros reyes
dónde están?*

*¿En dónde los Sasanidas,
que dieron tan sabias leyes
al Irán?*

.....
*Montes de escombros y desiertos,
no ciudades populosas,
ya se ven.*

¿Qué es de Valencia y sus huertos?

¿Y Murcia y Játiva hermosas?

¿Y Jaén?

¿Qué es de Córdoba en el día,

donde las ciencias hallaban
 noble asiento,
 do las artes a porfía
 por su gloria se ufanaban?
 ¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
 que el Betis fecundo baña
 tan florida?

.....
 Allí doncellas gentiles.
 que al andar perlas y flores
 esparcían,
 para faenas serviles
 los fieros conquistadores
 ofrecían.

Hoy en lejana región
 prueban ellas del esclavo
 la amargura,
 que destroza el corazón
 y hiere la mente al cabo
 con locura.

Tristes lágrimas ahora
 vierta todo fiel creyente
 del Islam.

¿Quién su infortunio no llora,
 y roto el pecho no siente
 del afán?"

González Palencia habla en su *Historia de la Literatura arábigo-española* de la fama y la popularidad que alcanzó esta casida, a causa de las cuales se "le adicionaron estrofas, en épocas posteriores, para lamentar la pérdida de otras ciudades, sobre todo en el reino de Granada", casida que tradujo don Juan Valera "en el mismo metro que las célebres *Coplas* de Jorge Manrique, y señaló la coincidencia en algunos pasajes." Afirmaba, además, el gran polígrafo que el autor de las *Coplas* "hubo de conocer e imitar los versos del poeta arábigo-rondeño."

CON EL RUMOR DEL AGUA...

HE querido refrescar con estas generalizaciones la memoria de un pretérito ya tan lejano que casi no tiene vida en el recuerdo. Claro es que a manera de pórtico por el que vamos a penetrar en el verdadero ámbito de este empeño gozoso: situar al jaenero Yahya ben Hakam al-Bakrí (770-864), llamado al-Gazal por su belleza; seguirle en sus triunfos y caídas durante la principesca exultación de la corte de Abd al-Rahman II (822-852); rescatarle de confusiones históricas y vincular a la morisca *Geen* una gloria de la que poco se ha dicho hasta la fecha aun por los arabistas de más acusada personalidad.

Sería necesario espigar verdades en la que muchos investigadores llaman pomposamente civilización árabe para concluir que es más el brillo, el aparejo externo, la exhibición decadente de lo supérfluo que la hondura de las cosas. Habla Foxá de los tres sonidos dulces de que gustaban los árabes, para el oído del hombre: el del agua, el del galope del caballo y la risa de la mujer. Pensamiento de poeta que rima con la luz y el color de que quisieron revestir sus imágenes los hijos de Alah; si bien no es cierto que los árabes ensancharan los dominios de nuestro lenguaje, sino con palabras bonitas, "como quien echa azúcar sobre un pastel", al decir de Pemán, el que hace notar que casi todas las voces que aquéllos dejaron en nuestro idioma latino "son nombres de colores, de flores, de perfumes, de cosas de lujo y adorno"; ni es exacto que los árabes enseñaran a los españoles a cultivar y regar la tierra. "Lo único que en este punto trajeron los árabes fueron algunos cultivos raros y de lujo, como la caña de azúcar, la granada, la higuera o el azafrán"; y "lo que tiene de española y lo que tiene de árabe la brillante civilización del Califato de Córdoba, está en esa misma relación de importancia: español es el vino, el aceite o el pan de que nos alimentamos y vivimos; árabe es el azúcar del postre, la esencia del pañuelo o la flor del ojal."

Siempre lo supérfluo, lo accidental, lo accesorio en la viva estampa de un esplendor de leyenda oriental que, al hacerse faus-

to y riqueza con los emires y califas cordobeses, retrotrae la visión de sus escenas deslumbrantes, poéticas y cortesanas, a las magnificencias de Bagdad y Damasco. Poco más de treinta años reina Abd al-Rahman II y asombra que un soberano de carácter tan débil y enfermizo fuera designado por el pueblo con el sobrenombre de *Al-Mudhajar* (vencedor feliz). Amante de la poesía, "se dejó guiar en su vida por el alfaquí Yahya, por la sultana Tarub y por el músico Ziriab", registra González Palencia, confirmando textos de las crónicas árabes y latinas, si bien a esta impresión sólo le concede Lévi-Provençal un crédito limitado; y Joaquín Guichot, en su *Historia General de Andalucía desde los tiempos más remotos hasta 1870*, subraya: "La paz que a la sazón disfrutaba Andalucía fué bien aprovechada por el magnífico emir. Cuenta uno de sus historiadores que en aquel tiempo mandó Abderrahmán construir hermosas mezquitas en Córdoba; edificó alcázares en las principales ciudades de España; reparó los caminos; construyó las ruzafas a orillas del río de Córdoba; dotó las *madrisas*, o escuelas públicas, y mantenía de su peculio 300 huérfanos en la de la aljama de su capital. En las horas que robaba a los negocios graves del Estado, se entretenía con los sabios y buenos ingenios que había en su corte, que eran muchos; y, por último, que era muy liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas a quienes regalaba joyas de inestimable valor."

Este es el momento que elegimos para sacar de su largo anonimato a Yahya ben Hakam al-Bakrí, el personaje de Jaén que las relaciones pintan como un dechado de belleza varonil. Nótese que el apodo al-Gazal (la gacela) tiene reminiscencias de *ghazal*, canción amorosa de la lírica musulmana, lo que muy bien pudiera haber influido en su popularidad cerca de la corte del emir, tanto más que sus inspiraciones poéticas, rivales de aquél, y aun sus ironías y sarcasmos, le ganaban admiraciones femeninas casi siempre en trances de licenciosas aventuras. ¡Lástima que la falta de manuscritos árabes traducidos a nuestro romance nos impida probar este indicio! Guichot ya se quejaba, en su tiempo, de no hallar otros testimonios escritos dignos de fe que la colección de historias *Akhbar-Madjamua*, curioso documento árabe del siglo XI, y *Maqqari*, traducido por don Pascual Gayan-

gos. La fuente de toda información auténtica relativa a personas y cosas de aquella época estaba en este autor, hoy ya superado por Lévi-Provençal, gracias a sus sensacionales descubrimientos modernos, entre ellos la crónica del cordobés Ibn Hayyan.

No sólo se dejó guiar Abd al-Rahman II por el alfaquí Yahya, la sultana Tarub y el músico Ziriyab, sino también por un eunuco, Nasr, según Dozy, que afirma su referencia en Maqqari. "Jamás la corte de los emires de España —dice— había sido tan brillante como durante el reinado de Abderrahman II, hijo y sucesor de Alhaquen. Entusiasmado de la soberbia prodigalidad de los califas de Bagdad y de su vida de pompa y ostentación, se rodeó de numerosa servidumbre. Embelleció la capital, empleando grandes sumas en la construcción de puentes, mezquitas, palacios y vastos y magníficos jardines a los cuales afluían, canalizados, los torrentes de las montañas. Gustaba también de la poesía, y si los versos que hacía pasar por suyos no siempre lo eran, al menos recompensaba generosamente a los poetas que le ayudaban. Además era dulce, accesible y bondadoso hasta rayar en débil. Aun viendo por sus propios ojos que sus servidores le robaban, no los castigaba. Durante toda la vida se dejó dominar por un faquí, por un músico, por un eunuco y por una mujer."

De todos ellos, el de más relieve, a no dudarlo, es nuestro héroe, al-Gazal, sin que los demás, por esto, dejen de merecer la consideración de los historiadores, sobre todo Ziriyab. ¿Cómo se perfilan estos cuatro elementos dispares y por qué se encuentran instalados, a título de factores influyentes, en la corte de Abd al-Rahman II? Faltan informaciones veraces; pero algunos pormenores de interés —casi de interés novelesco— divulgan los textos, suficientes para tener idea del grado de preponderancia que alcanzaron en el favor del poderoso omeya, a saber:

LA SULTANA TARUB

MUY inspiradas páginas dedica Schack, en su *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, traducción del alemán por don Juan Valera, a cantar las excelencias de la vida libre de las mujeres en nuestro país durante la dominación musulmana. "En toda la cultura intelectual de su tiempo tomaban parte las mujeres, y no es corto el número de aquéllas que alcanzan fama por sus trabajos científicos o disputando a los hombres la palma de la poesía. Tan alta civilización fué causa de que se les tributase en España una estimación que jamás el Oriente musulmán les había tributado. Mientras que allí, con raras excepciones, el amor se funda sólo en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinación de las almas y ennoblece las relaciones entre ambos sexos. A menudo el ingenio y el saber de una dama tenían tan poderoso atractivo para sus adoradores, como sus prendas y hechizos corporales; y una inclinación común a la poesía o a la música solía formar el lazo que ligaba dos corazones entre sí." Esto dice Maqqari y copia Adolfo Federico de Schack, el que anima su vigorosa pintura de la mujer andaluza a tenor de lo que sigue: "En testimonio de lo dicho, los cantos de amor de los árabes españoles manifiestan, en parte, una pasmosa profundidad de sentimientos. Algunos respiran una veneración fervorosa de la mujer a la cual era extraña la Europa cristiana de entonces. En los movimientos y voces del alma de estos cantares se halla una mezcla de blandos arrobos y de violentas pasiones que recuerdan la moderna poesía por el melancólico amor a la soledad y por la extática y soñadora contemplación de la Naturaleza.— Con todo, un extraordinario esplendor de colorido y otras muchas calidades nos hacen pensar en el origen oriental de estos cantos. Transportémonos por un momento, a fin de conocerlos mejor en su esencia y propiedades, bajo el hermoso cielo de Andalucía donde nacieron. Anochece; la voz del muecín se ha oído, convocando para la oración; los fieles entran en las mezquitas; el silencio reina sobre el cerro a orillas del río; su peñascosa cima está coro-

nada por las almenadas torres y chapiteles de un alcázar; con los últimos resplandores del sol brillan los dorados alminares de la ciudad; las sombras de los cipreses se proyectan con más extensión; por los arcos de herradura de los ajimeces se percibe movimiento; por entre las rejas se ven vagar blancos velos; y, murmurando y alzándose por cima de las copas de los granados, se oye subir del valle el sonido de un laúd. Una voz canta..."

Hagamos abstracción de cuanto nos rodea en ese delicioso instante tan eterno como fugaz. La voz que canta es la del poeta Abdalah:

*"Para Tarub son las joyas;
Dios las formó para ella.*

*Vence a su luna y al sol
el brillo de la belleza.*

*Al dar la voz creadora
ser al cielo y a la tierra,
cifró en Tarub el dechado
de todas sus excelencias.*

*Ríndale, pues, un tributo
cuanto el Universo encierra:
los diamantes en las minas
y en el hondo mar las perlas."*

La hermosura de la sultana tiene sojuzgado a su dueño; Abd al-Rahmán II la amaba con locura. Ella le mostraba sus encantos... no tan desinteresadamente que dejara de sacar provecho de la obsesión viciosa del esposo. Era casquivana y egoísta, pronta al placer sensual, a las intrigas de la corte, al esplendor de las fiestas y a la sed de riqueza. Maqqari descubre en ella su alma seca, dura. "Vendía, no su amor —relata Dozy—, porque estas mujeres no lo sienten, sino su posesión, ya por un collar de precio fabuloso, ya por sacos de plata que su propio marido tenía que depositar a su puerta cuando ella se negaba a abrirle." Y es que una vez...

Nos parece cuento, pero es así como ha llegado a nosotros: "Una vez se mostró tan enojada y zahareña, que se encerró en su estancia donde el emir no logró penetrar en largo tiempo.

Para hacérsela propicia y atraerla de nuevo a sus brazos, mandó entonces poner muchos sacos de oro a la puerta. A ésto ya no pudo resistir la hermosa Tarub; abrió la puerta y se arrojó en los brazos de su regio y espléndido amante, mientras que las monedas de oro rodaban a sus pies por el suelo. En otra ocasión regaló Abd al-Rahman a esta muchacha un collar que valía diez mil doblas de oro. Uno de los visires se maravilló del alto precio del presente y el emir respondió: "Por cierto que la que ha de llevar este adorno es aún más preciosa que él: su cara resplandece sobre todas las joyas." De suerte que se extendió más aún, alabando la hermosura de Tarub, y pidió al poeta Abdalah que dijese algo sobre aquel asunto." Fué entonces cuando éste hizo canción de sus versos, de tal manera que impresionaron al omeya y le movieron a improvisar, también poeta—poeta enajenado por el amor—, los siguientes, traducidos, como los anteriores, por Conde:

*"Excede a toda poesía
la poesía de tus versos.
¿Quién no te admira, si tiene
corazón y entendimiento?
Tus cantares se deslizan
en lo profundo del pecho,
pasando por los oídos
con un mágico embeleso.
De cuanto formó el Criador
para ornar el Universo,
es esta linda muchacha
cifra, dechado y modelo.
Sobre jazmines las rosas
en sus mejillas contemplo;
es como un jardín florido,
es mi deleite y mi cielo.
¿Qué vale el collar de perlas
que, rendido, le presento?
Mi corazón y mis ojos
lleva colgados al cuello."*

Lévi-Provençal, más atento a la severidad histórica que al

detalle novelesco, comenta así el influjo de la sultana Tarub en la persona de Abd al-Rahman II: "Todos los cronistas nos pintan a Abd al-Rahman II como muy mujeriego, y, si les damos crédito, no tuvo menos de cuarenta y cinco hijos y cuarenta y dos hijas. Las princesas madres, por otra parte, a medida que pasaban los años, se veían suplantadas en el favor del emir por otras mujeres jóvenes en todo el esplendor de su hermosura. El soberano, que evidentemente tenía expertos proveedores de su harén, no quería más que mujeres vírgenes, y le gustaba estar bien informado del origen y pasado familiar de sus concubinas. Conocemos el nombre de las principales: en primer lugar Tarub, que parece haber tenido sobre él un particular ascendiente..." Y Múammara, y al-Shifa, y la encantadora Fajr, y "las tres célebres medinesas: Fadl, Alam y Qalam, que también dieron al emir cada una un hijo, y que eran célebres por su talento de cantoras, su elegancia y su distinción incomparable."

EL EUNUCO NASR

MAYORDOMO del alcázar es el gran oficial eunuco Abu-l-Fath Nasr, de quien dirá San Eulogio, en su *Meroriale sanctorum*: "Este procónsul clavero dirigía a la sazón la administración de todo el Estado cordobés." Es notable la coincidencia de este personaje cruel, refinado, sagaz, influyente por demás en la corte, por demás orgulloso y déspota, con la sultana Tarub. Ambos se complementan como actores de intrigas palaciegas; ambos dirigen su voluntad con perfidia cautelosa. Hijo Nasr "de un español que ni siquiera hablaba el árabe, este eunuco odiaba a los cristianos verdaderamente piadosos con todo el odio del apóstata"; ordenaba las ejecuciones de los condenados; preparaba las conspiraciones internas y hacíase temer por su maldad. Un pobre sacerdote llamado Perfecto fué sacrificado por la ley musulmana, acusado de blasfemo, cuando las calles de Córdoba, después de celebrarse el Ramadán, eran invadidas por una muchedumbre ebria y gozosa. Nasr había dictado el cumplimiento de la sentencia impuesta por el cadí; pero em-

plazado por el sacerdote inocente, murió víctima de su propia culpa.

Poco más o menos, el hecho fué que “la sultana Tarub quería asegurarse el derecho de sucesión a la corona para su propio hijo, Abdala, en perjuicio de Mohamed, el mayor de los cuarenta y cinco hijos de Abdrráhmen II —hijo nacido de otra mujer, llamada Bohair—; pero por grande que fuese su influencia sobre su esposo, no había podido hacerle adoptar su proyecto.” Ni le valieron los imanes de su hechizo; sí, en cambio, los bajos oficios del eunuco poderoso, jefe del serrallo, al que “le rogó la librase de su esposo y del hijo de Bohair.” Hizose Nasr preparar, al precio de mil monedas de oro, un veneno muy activo para servirlo de oportuno remedio al emir, su señor. ¡Terrible decepción! Su propósito criminal fué traicionado al advertir a éste el médico, autor de la poción —Harraní dicen las crónicas árabes que se llamaba—, de los peligros que amenazaban su vida. Fingióse, entonces, mal de salud Abd al-Rahman, y como el eunuco le aconsejara ingerir aquélla, en ayunas, el soberano se disculpó: “Este medicamento podría serme nocivo; tómalo tú ahora mismo.”

Podemos colegir el punto final del “procónsul clavero” obligado a tomar el brevaie, solicitar urgente antídoto del médico Harraní, buen consueña en la tragicómica farsa, recetarle éste leche de cabra... y morir de una violenta disentería.

EL MUSICO ZIRYAB

REQUIERE mayor atención este verdadero arquetipo de la elegancia y la distinción personales, “refinado oriental, que hace pensar a la vez en Petronio y en Brummel”, digamos con palabras de Lévi-Provençal. Hemos de trasladarnos, imaginativamente, a la corte de Bagdad, fastuosa y espléndida. Gobernaba allí un extraordinario monarca abbasí: Harun al-Rashid. No hay memoria de más grande escenario para soñadores que aquel en que brillaban las constelaciones del Oriente luminoso. “Abul-Hasan Alí ben Nafi nació en 789 en Mesopotamia y era un li-

berto del califa abbasí al-Mahdí. A causa de su tez muy morena se le dió el apodo de Ziriyab, que según sus biógrafos designaba habitualmente un cierto pájaro de plumaje negro. Ziriyab se distinguió desde su juventud como discípulo del famoso músico y cantor de la corte de Bagdad, Ishaq al-Mawsilí, y su talento adquirió en seguida tal notoriedad, que el califa Harun al-Rashid pidió al maestro de Ziriyab que se lo llevase para poderlo oír." La verdad es que asombra pensar de qué modo este hombre proyectaba ganarle al futuro incierto jornadas de gloria aun en medio de los infortunios, porque era la gloria prometida la que susurraba palabras halagadoras en su oído. La del "pájaro negro" es así. Lírico temperamento que llegó a desbordar la fama de su maestro y a sacarle del cuerpo envidias y malas pasiones nunca sospechadas.

Se atribuyen al califa de Bagdad estados sentimentales que sólo la música, las composiciones poéticas, las canciones eróticas o el trato con las mujeres alegres despejaban de su alma; o hacíanla más sutil y vagarosa. Dispensaba atenciones merecidas a Ishaq al-Mawsilí; le interrogaba frecuentemente acerca de su arte y de las novedades que pudiera ofrecerle. Es atractivo el relato novelesco de Reniero Pedro Dozy en este punto. Ishaq al-Mawsilí, a preguntas de Harun, le reveló la presencia en sus enseñanzas de un discípulo aventajado. "Presentado al soberano —escribe el gran orientalista y erudito holandés— Ziriyab se granjeó desde el principio su estimación por sus maneras distinguidas y su conversación espiritual; después, interrogado por Harun, sobre sus conocimientos musicales, dijo: —Sé cantar como otros saben; pero, además, sé lo que no saben otros. Mi estilo original no es más que para un inteligente tan delicado como tú. Señoría, si quieres, voy a cantar lo que jamás ha oído nadie." Para acompañarse, no quiso aceptar el laúd del maestro, prefiriendo utilizar uno de su invención; y ante la sorpresa del califa, vióse obligado a explicarle las nuevas introducidas por él en el viejo instrumento; luego entonó una oda que había compuesto en loor de Harun, logrando impresionarle tanto el desconocido cantor que hubo de reprocharlo a Ishaq no habérselo dado antes a conocer.

Este es el pasaje que revela el cambio brusco de norte en la orientación futura de Ziriyab. "El joven músico —ilustra Lévi-Pro-

vençal— se superó a sí mismo en presencia del soberano y excitó la envidia de Ishaq al-Mawsilí hasta tal punto, que se vió forzado, temiendo por su vida, si se quedaba en Bagdad, a desterrarse y partir a buscar fortuna en Occidente.”

¿Qué misteriosos hilos conductores sujetan o dejan libres las acciones humanas siempre vigiladas por el Todopoderoso? Las del resentido maestro se justificaban en el temblor que le recorría el cerebro al percibir una rivalidad que podría serle fatal. Aquel Zir-yab, original y vigoroso artista a quien la fama habría de señalar con su dedo extendido sobre los aires y las ondas, era, además, un portento en rehén de los genios maléficos. Así lo diría el viejo Ishaq al califa, cargando de oscuras tintas la descripción de su aludido discípulo. Cierto que le desvelaban sueños fantásticos en los que creía ver formas caprichosas que le hacían abandonar el lecho para seguirlos como si fueran beldades huidizas. Entonces llamaba a dos esclavas del harén —de nombres, según algunos autores, Gazlán y Honaida, y, según otros, Chartan y Honaidach— y las invita a tomar sus laúdes y entonar melodías, acaso las mismas que había escuchado en sueños; poníase a escribirlas y volvíase a dormir. Algo como en los tiempos modernos se cuenta del novelista francés, Flaubert, que se levantaba, atormentado, a medianoche, para corregir una coma o ajustar una idea.

Puesto a elegir, “Zir-yab no vaciló sobre el partido que debía adoptar y abandonó Bagdad con el dinero que Ishaq le había ofrecido”, camino de Occidente. Dozy se recrea en los pormenores de este viaje azaroso, olvidándose, acaso, de que el extraño cantor, el “pájaro negro, de canto melodioso”, no era un loco o un mendigo que se evadiera o se alejara, sino un artista consciente de su valer, ambicioso de popularidad y de fortuna.

No importan los accidentes de la huida. Zir-yab deseó establecerse en la corte de los emires cordobeses. Por mediación del músico judío Abu-l-Nasr Mansur, cordobés también, “tomó el camino de Andalucía y desembarcó en Algeciras. Allí se enteró de la muerte del príncipe que le había hecho venir y del advenimiento de su hijo Abd al-Rahman II; pero este último se apresuró a comunicarle que ratificaba el contrato de su padre, y envió a Zir-yab tales regalos, que el emigrante no vaciló en decidirse a

permanecer en España lo que le quedara de vida. Recibido con todo género de consideraciones por el soberano, provisto de una pensión sumamente elevada para aquella época —200 dinares al mes— y de unas tierras muy productivas, el músico del Iraq causó gran impresión en la sociedad cordobesa, tanto por su talento músico como por su fortuna material.” También el eminente catedrático de la Sorbona, máxima autoridad actual en los estudios islámicos, Lévi-Provençal, nos regala precisiones maravillosas al hablar de la vida palatina y de la influencia de Ziryab en la corte y en la ciudad. “La munificencia del príncipe español para con él llegó incluso a divulgarse tan pronto por el mundo musulmán, que otro músico de Bagdad, Alluyah, declaraba al califa al-Mahdí que, mientras Ziryab salía en Córdoba a la calle entre un lucido cortejo de jinetes y poseía 30.000 piezas de oro, él estaba probablemente destinado a morir de hambre. Al llegar a España el año 822, con cuatro hijos que habían de continuar su obra, Ziryab tenía un poco más de treinta años, y debía quedarse en Andalucía hasta su muerte, ocurrida en 857, siendo el árbitro indiscutible de las elegancias y el promotor de todas las modas nuevas que prevalecieron desde entonces, no sólo en el porte externo, sino incluso en el género íntimo de vida de los musulmanes andaluces.”

Las crónicas árabes y latinas se “hacen lenguas” de los honores dispensados al fugitivo de Oriente por Abd al-Rahman II, y nada nos parece mejor que trasladar aquí las más recientes versiones que conocemos, gracias a Lévi-Provençal. Este recuerda que el verdadero oficio de Ziryab era la música y que, “al decir de sus biógrafos, se reveló como un innovador genial en la patria de elección que tan bien le había acogido”; recuerda que “creó un conservatorio en el cual la música andaluza, que comenzó por inspirarse muy de cerca en la de la escuela oriental realizada por Ishaq al-Mawsilí, tomó pronto el original aspecto cuya tradición sigue aún tan viva en todo el occidente musulmán”; y, “además, a él se debieron diversas invenciones técnicas, como la de un laúd de cinco cuerdas, que sustituyó al tetracorde empleado hasta entonces, y la de un plectro de garra de águila, en vez del usual de madera.” ¿Qué clase de parto, qué hombre impar, qué genio era aquél para las deducciones de su

omnipotencia en la corte hispano-omeya al lado de la sultana Tarub, el eunuco Nasr y Yahya, el alfaquí? Iríamos muy lejos a seguir este propósito. Baste recordar que “la ley religiosa descalificaba al músico, considerando este oficio como deshonesto, propio solamente de esclavos y gente infame”, y, no obstante, Ziriyab hizo que el arte musical triunfara en Andalucía. El incorporó, ciertamente, al laúd de los árabes, hijo de la cítara griega y padre de la guitarra española, en opinión de Jovellanos, una quinta cuerda que simbolizaba al alma. Antes de su invención sólo tenía cuatro, correspondientes, por tradición, a los cuatro humores del cuerpo humano: la bilis, la sangre, la flema y la melancolía.

Modernos comentaristas vislumbran en Ziriyab al creador del *cante jondo*, “gran lírico improvisador e intuitivo, solitario y sentimental, el más rico precursor de Silverio y Juan Breva.” Se trata —informa don Julián Ribera, en *La enseñanza entre los musulmanes españoles*— del “artista más original y más instruido que vieron aquellas edades, cuya venida de Oriente causó época en España, pudiendo ser considerado como el fundador de la escuela nacional por su enseñanza y sus canciones; tal fué Ziriyab.” A lo que nosotros añadimos que aun hoy se le juzga, aunque sin prueba formal, autor de nuestro popular zéjel *Las tres morillas*, procedente del acervo anónimo del siglo XV.

La estampa de Ziriyab no queda sólo en ésto; hay más aún, sobre todo en la parte que podemos llamar anecdótica. “En primer lugar —anota Lévi-Provençal—, Ziriyab enseñó a los cordobeses las más complicadas recetas de la cocina bagdalí y el orden que debía seguirse en una comida elegante, no sirviendo los manjares en mezcolanza, sino empezando por las sopas y siguiendo por los platos de carne y los principales de aves, fuertemente sazonados, para terminar por los platos dulces, como pasteles de nueces, almendras y miel, o pastas de frutas perfumadas con vainilla y rellenas de alfóncigos y avellanas. En vez de los manteles de grosero lino, prescribió los de fino cuero, y demostró que las copas de precioso cristal decoraban más la mesa que los cubiletes de oro o plata. Abrió, además, en Córdoba, por decirlo así, un verdadero instituto de belleza, donde las gentes aprendían a usar afeites, a depilarse, a emplear pastas dentífricas y

a peinarse, no dejando que los mechones de pelo, separados en medio de la cabeza, cayeran sobre toda la frente y cubrieran las sienes, sino llevándolos cortos y rizados para dejar al descubierto las cejas, la nuca y las orejas. Estableció, por último, un calendario de la moda, decretando que se vestiría de blanco desde comienzos de junio a fines de septiembre; que la primavera sería la época de los trajes vaporosos de seda o de las túnicas de colores vivos, y el invierno, la de las pellizas enguatadas y los abrigos de piel. Todo el mundo le pedía consejo, y los seguía al pie de la letra. Ningún influjo de la delicada y elegante civilización abbasí podía ser más directo ni más profundo. Bajo el arbitraje indiscutible de Ziriyab, la corte y la ciudad cambiaron sus trajes, sus muebles y su cocina, y bastantes siglos después el nombre de este Petronio árabe era todavía invocado siempre que una nueva moda hacía su aparición en los salones de la Península."

Todavía cuenta Dozy que aquel encantador epicúreo "enseñó a los árabes de España que los espárragos son un manjar excelente, en lo cual no habían pensado aún"... ni el atildado don Juan Valera, tan poco dado a creer en la influencia de aquéllos, al hablar, en *La Cordobesa*, de las virtudes caseras y cocineras de sus bellas paisanas, de los gajorros, la batata en polvo, las carnes de manzana, membrillo y gamboa, la torta o bollo maimón, los nuégados, los polvorones... todo el arte reposteril y pastelero... don Juan Valera, pues, repito, tampoco intentó hallar las relaciones de la cocina bagdalí, divulgada por Ziriyab, con las de la moderna sultana callejera de Córdoba. Y, por finiquito, sepase que el epicúreo poseía muy extensos y variados conocimientos científicos y literarios, era excelente poeta y sabía de memoria la letra y la música de diez mil canciones.

EL ALFAQUI YAHYA

DOCTOR o sabio de la ley entre los musulmanes; tal es el significado de la voz *alfaquí* —también *faquí*— en el diccionario de nuestra hermosa lengua castellana. Yahya repítese en las crónicas árabes con la prodigalidad de un nombre que

no es privativo de una celebridad determinada; pero este jocundo, arrogante y bello primate de la España musulmana está a muchas nubes de distancia —dígase en sentido puramente metafórico— de sus congéneres berberiscos. Ha de ceñirse al pie una leyenda fragante de heroicidades, enamoramientos, lirismos, placeres e infortunios capaz de conquistarle la categoría de hombre superior que nos hemos propuesto ganar para él como valor de Jaén extendido por el mundo.

Bien que tengamos que revolver necesariamente textos antiguos y modernos, no ya para componer una biografía puntual de Yahya ben Hakam al-Bakrí —supuesto casi imposible, dada la carencia de datos completos—, sino en oficio de ilustrador de una estampa desvaída a efectos del tiempo y de las fases inmemoriales del relato histórico. El más abundante proveedor de informaciones veraces acerca de nuestro personaje, después de Reniero Pedro Dozy, es, sin disputa, E. Lévi-Provençal. Este mismo proclama la justicia con que ha gozado de autoridad hoy la clásica obra de aquél, *Historia de los musulmanes de España*, aparecida en Leiden el año 1861 y reeditada bajo la dirección del profesor de la Sorbona en 1932; pero también juzga que “nos aparece sin remedio como una obra sensiblemente envejecida”, con achaques de anécdota y plan poco racional, que los descubrimientos valiosísimos hechos por Lévi-Provençal, sobre todo en Marruecos, dejan atrás.

Un solo autor —de la solvencia de nuestro sabio amigo don Angel González Palencia (†)—, en un solo libro y en páginas distintas, dice que al-Gazal era “probablemente de raza española” y “natural de Jaén”; otros, sin confirmar esta creencia, lo suponen originario de este punto, y los más —Schack entre ellos— de ascendencia berberisca. Sin titubeos, Lévi-Provençal deja sentado: “árabe oriundo de Jaén, al que en su juventud habían dado el apodo de al-Gazal, “la gacela”, por su esbeltez y belleza.”

Durante la dominación musulmana, Jaén desempeñó un papel importantísimo que no hay por qué recordar aquí; todos los historiadores de nota lo confirman y aun se da el caso de que Dozy, en las páginas novelescas de su ya mencionada obra famosa, y Guichot, en su *Historia General de Andalucía desde los tiempos más remotos hasta 1870*, citan reiteradas veces a Jaén

como baluarte árabe inexpugnable en relación con el cual se suceden las acciones de guerra; más no todo es pelear en aquellos siglos, sino que las ciudades españolas, los pueblos del territorio español sacudidos por el estremecimiento de la contienda, engalanan sus fastos con los apellidos de familias o individuos prestigiosos, valores intelectuales, soldados, filósofos, retóricos, gramáticos, poetas, botánicos, médicos, matemáticos, políticos... hombres de ciencia, en fin, adscritos al curso de los acontecimientos que dan carácter a la época en que viven. Jaén —la provincia de Jaén— los cuenta sin concederles tregua a los dedos de ambas manos desde que la España goda se derrumba y el romance moro describe “cómo, ya de noche, después de la gran batalla, se vió galopar solo, por el campo, dando tristes relinchos, el caballo blanco de don Rodrigo, con su espléndida montura de seda de oro, bordada de rubíes y de esmeraldas”... hasta que la rendición de Granada permite que en los muros de la Alhambra tremole, a los vientos, la bandera de la Patria y se alce la Cruz llevadas en triunfo definitivo y total sobre la Media Luna por los Reyes Católicos (711-1492).

Enumerar todos esos valores intelectuales y aun anotar someramente hechos, ideas, obras, tendencias literarias o científicas de que hicieran escuela en Andalucía, parecería despropósito erudito; mas sí juzgamos útil traer a la memoria algunos nombres de árabes sapientes aquí nacidos o relacionados, al menos, con la Provincia, a saber: Aben Farach, el de Jaén, autor del *Libro de los Huertos*, precedente de la *Adajira*, de Abenbasam, libro perdido que se supone contenía noticia de los poetas contemporáneos suyos hasta mitad del siglo IV de la Hégira; Obaidis, señor de Jaén, poeta cortesano; Abdelmónin Benomar, médico oculista y filósofo, de Jaén, que llegó a ser trovador de Saladino, el más popular de los gramáticos, Abenmálic (1208-1274), natural de Jaén, que enseñó esta disciplina en Alepo, Hamat y Damasco hasta su muerte; Aglas Aben-Kaibi, poeta de Jaén, que acudió a rendirle homenaje a Abd al-Rahman III durante una estancia de éste en la Capital, atención por la cual fué nombrado familiar suyo; Abulhachach, de Baeza, filósofo, historiador y poeta (1177-1255), conocedor como pocos del árabe clásico, que se sabía de memoria las obras de los poetas anteislámicos; Al-

calsadí, de Baeza, último matemático importante de la España musulmana cuyos libros se estudian todavía en la Universidad de Fez; Yahya Benismaíl, de Baeza, habilísimo constructor de instrumentos de Geografía (siglo XII), médico de Saladino; Abenabiljisal el Gafequí (1072-1145), de Fargalit, distrito de Segura, en Jaén, secretario del príncipe almorávide Alí Benyusuf, gramático, retórico, historiador y poeta, autor de una *Antorcha de la Literatura*, desaparecida; Alí Abensaíd el Magrebí, nacido en Alcalá la Real, de quien hay que recordar que Maqqari sacó de sus obras parte de sus *Analectas* y que Abenaljatib lo elogió con los pomposos epítetos de “centro del collar de su casa, ciencia de su gente y perla de su pueblo, literato ilustre, viajero infatigable, investigador erudito de las bibliotecas públicas, historiador diligente y digno de admiración”; Abenjacán, de una aldea de Alcalá la Real, gran personaje histriónico, mordaz, aficionado a la bebida y a los placeres, intrigante, enemigo insobornable del filósofo Avempace, autor de una obra famosa sobre sales y donaires de los españoles...

¿A qué seguir? Tendríamos que historiar los hechos de Mohammed ben Yusuf ben Nazar, conocido por Aben-Alahmar (el hijo del Rojo), de la estirpe de los Alahmares descendientes de aquel Saad ben Obadah compañero del Profeta. Ya se sabe que en los comienzos del siglo XIII “señoreaba la fortaleza de Arjona”, su patria, y que fué el caudillo de la de Jaén que hiciera entrega de la misma al tercero de los Fernandos. Pero lo que interesa es conocer a Yahya ben Hakam al-Bakrí, nuestro protagonista, la figura más importante de la corte de Abd al-Rahman II y uno de los hijos de Jaén que más contribuyeron al esplendor de la cultura musulmana.

Dato cierto por el que pueda sentarse firmemente la fecha de su nacimiento no sabemos que exista; al menos, no cuenta en las biografías de los escritores hispano-árabes, ni éstos la consideran indispensable. A lo más, una conjetura como la que sirve de fácil asidero a un publicista de nuestra época, Narciso Peinado, quien firmaba, en Santiago de Compostela y en abril de 1927, un breve estudio de al-Gazal que mi antecesor en la Crónica de la Provincia, Cazabán Laguna, ofreció a los lectores de su *Don Lope de Sosa* en el número perteneciente a tales fechas. Allí se

dice (más adelante demostraremos algunos errores de bulto del articulista) que al-Gazal nació en Jaén en las postrimerías del siglo VIII y murió en Córdoba en el año 864. "Al advenimiento de Abd al-Rahman II —informa recientemente Lévi-Provençal— había ya pasado de la cincuentena, y había de morir, casi centenario, bajo el reinado de su sucesor, en 864." Se le supone "de encumbrado linaje y uno de los cortesanos de Hisham I, príncipe generoso y sencillo que le encomendó una embajada para los normandos cuando éstos, en sus atrevidas correrías e incursiones, pusieron en terrible aprieto la ciudad de Ixbilia (Sevilla), penetrando por el Mediterráneo hasta las puertas de Bizancio".

Vengamos a cuentas. Abd al-Rahman I, sintiéndose enfermo de gravedad, declara a su hijo menor, Hisham I, su sucesor en el imperio hispano-omeya; y en Mérida, fallecido aquél, es proclamado éste para regirlo. Discurren los años 787-88 hasta el mes de abril del 96 en que muere "a resultas de una aguda y corta enfermedad", según Guichot. Es presumible que al-Gazal naciera, en efecto, como asegura el articulista Peinado, en las postrimerías del siglo VIII (año 770) y que en esas postrimerías (año 788) subiera al trono, como se sabe, y ciñera el tahalí de los emires de España Hisham I; lo que no es exacto es que al-Gazal fuera designado por este príncipe misericordioso y justiciero, de vida efímera, para llevar a cabo una embajada cerca de los normandos, siendo así que la primera invasión de aquellos piratas en Andalucía se produce el año 844, exactamente 48 después de la muerte del sucesor de Abd al-Rahman I.

Más precisiones: el nieto de Hisham I recibe, en presencia de todos los dignatarios de la corte, la investidura de sucesor de al-Hakam I; "era ya, a la sazón, una de las más brillantes glorias militares del Imperio y el alma de su gobierno"; y, mientras al-Hakam I se encierra en su alcázar cordobés "para entregarse a los frívolos pasatiempos de una vida muelle y sensual, rodeado de sus mujeres, de sus esclavas y de numerosos eunucos (bajo el reinado de este emir conociéronse por primera vez en España estos desdichados seres, que fueron causa de su ruina)", Abd al-Rahman II consolidó, entre vítores y aclamaciones de su pueblo, el título de vencedor feliz. Estamos en el año 822 en que se celebran las pomposas exequias de al-Hakam I, cruel

autor de la conocida represión *del Arrabal*, a las mismas puertas de Córdoba.

Para concadenar adecuadamente los pasajes diferentes del relato debemos preguntarnos cómo era Jaén en ese tiempo, cómo era en las postrimerías del siglo VIII. “Las noticias más antiguas que tenemos de su estado en tiempo de los árabes, y luego después de la conquista —deja escrito el deán Mazas, en diciembre de 1791 y en su libro *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*, editado en la imprenta de don Pedro de Doblas— están sacadas de la Historia que escribió el moro Rasis.” Malas noticias, imprecisas, inservibles para nuestro propósito: cortas alabanzas de Jaén, de las bondades de su tierra, sus aguas, sus fuentes, su arbolado... La llamada *Crónica del moro Rasis* (ed. Gayangos, 1850, completada por R. Menéndez Pidal en el “Catálogo de Crónicas de la Real Biblioteca”) es obra de escaso interés —en opinión de González Palencia— a juzgarla tal como ha llegado a nosotros: “un manual de los muchos que circulaban en el siglo XIII”. Más valedero testimonio —que debemos a la bondad del gran arabista, nuestro querido amigo, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala— es la descripción de Jaén en *Ar-Rawd al-Mitar*, de al-Himyari, según la traducción de E. Lévi-Provençal en *La Péninsule Ibérique au Moyen Âge* (Leiden, 1938). A la letra, dice así:

“Gaiyán-Jaén.—Villa de Andalucía a sesenta millas de Baeza. Posée un territorio muy fértil, siendo la vida barata y encontrándose en abundancia la carne y la miel. Bajo su dependencia hay más de tres mil lugares agrícolas donde se cría el gusano de seda. Está rodeada de huertas y jardines y de campos donde se cultiva trigo, cebada, habas y otros cereales. A una milla de la ciudad corre el Guadalbullón (*nahr Bullun*), gran río en el cual hay molinos muy numerosos. En Jaén hay una mezquita aljama y sabios de mérito.

“Jaén se levanta en el flanco de una montaña muy alta. Su alcazaba se cuenta entre las fortalezas más conocidas por su inexpugnabilidad. Es una villa muy favorecida con un territorio excelente. En el interior mismo de Jaén brotan fuentes de agua, y así se vé un abundante manantial de agua dulce, cubierto de una bóveda de albañilería que data de la antigüe-

dad, que se vierte en una gran fuente y sirve para abastecer varios baños: el Hammam-at-tawr (termas o baño del toro) que tiene una estatua de toro en mármol; el Hammam-al-walad, que con el anterior pertenece al Gobierno; el Hammam-ben-As Salim; el Hammam-ben-Tarafa; el Hammam-ben-Ishac; el sobrante de cuyas aguas sirve para irrigar vastas extensiones de terreno. Entre las fuentes de Jaén también se puede citar la llamada Ain-al-Balat, que está recubierta de una sala abovedada de construcción antigua, cuyo caudal nunca disminuye, alimenta los baños conocidos con el nombre de Hammam Husein y su sobrante también sirve para regar amplia extensión de terreno. Otra fuente de Jaén es Ain Satrun, cuya buena y abundante agua sirve también para el riego de abundantes terrenos.

"En Jaén las propiedades tienen en su puerta un molino de granos y tienen huertos junto al cuerpo de vivienda.

"La mezquita aljama de Jaén domina la villa y se sube a ella por escalones en sus cuatro frentes. Tiene cinco naves sostenidas por columnas de mármol y un gran patio (*sanhn*, zaguán) rodeado de galerías cubiertas (*sakaij*). Esta mezquita fué construida por orden de Abderrhman (II) ben Alhakam, bajo la dirección de Maisara, gobernador de Jaén a la sazón.

"En el territorio de Jaén hay un monte cuyas gentes, cuando venden alguna finca, estipulan que tal finca está situada en un lugar colocado en el "recorrido de las nubes" (*fi magra's sahab*), porque, en efecto, en dicho monte siempre hay nubes, sea cual fuere la dirección del viento, y cuya particularidad permite al propietario pedir un alto precio por el terreno que vende.

"La comarca de Jaén contiene gran cantidad de distritos con numerosos mercados foráneos semanales; siendo el más frecuentado el que se celebra cada... (en blanco en el original). Toda la comarca es de las mejores y se parece mucho a la de Elvira (Granada) en cuanto a fertilidad y riqueza del suelo, abundancia de cosechas y rendimiento de semillas. Su vega (*gazira*) hasta sobrepasa en fertilidad a la de Elvira.

"Un dicho popular dice así: "Habla de muchas ciudades, pero vive en Jaén". La ciudad tiene bajo su dependencia mul-

titud de aldeas y pueblos prósperos y vastas explotaciones agrícolas.

"De Jaén fué originario el hafiz Abu Ali al-Gaiyani (el jaenés), el imam tan conocido por sus sólidos conocimientos.

"He aquí los versos que recitó un habitante de Jaén cuando salió de su ciudad ocupada a viva fuerza por el enemigo cristiano (metro wafir):

*"Adiós, Jaén, ciudad mía, adiós, Jaén;
por tí disperso mis lágrimas
como se dispersan las perlas.
No es cierto que yo quiera separarme de tí,
y, sin embargo, así lo ha decidido
nuestra época cruel".*

"Cuando cayó Jaén en poder del enemigo y la población resolvió evacuarlo, el predicador (*aljatib*) subió al púlpito (*al-mimbar*) y dijo en la oración estas palabras: "Esta es la última hutba que se diga en Jaén".

"Entre los personajes originarios de Jaén se puede citar al maestro Abu Darr Musab ben Muhamad ben Masud ben Abdallah ben Masub al Husani, conocido por el nombre de Abn Abi Rukab. Cuando partió de Jaén dijo los siguientes versos (metro tawil):

*"¡Oh, Jaén, tú eres la aguada de la que me separará
una barrera, y, sin embargo, una ardiente sed me atrae
hacia tí!*

*Tú me recuerdas cuando sopla el viento del norte
y mis ojos ven, como en una aparición, dibujarse tus
contornos.*

*Pero cuando quiero ir hacia tí, el miedo que me
causa el cruel enemigo que te ocupa me hace retroce-
der el camino".*

"Había vivido en Sevilla donde ejerció el cargo de *cadí* (juez) especializado en casamientos (*chuttat al-manakih*). Después residió en Fez donde hizo cursos de estudios. Luego fué

designado cadí de su ciudad, Jaén, en el año 509 (1115-16). Entre sus versos se pueden citar los siguientes:

“¡Oh, vosotras, las dos palmeras de Jaén, por Allah, ser propicias a un exilado que llora la pérdida de sus parientes y vecinos!

Suspira bajo vuestra sombra y su corazón está en rehenes de las bellezas que quedaron en Jaén.

Puse mi esperanza en la más lejana de las tierras: de Poniente (Marruecos), y el Levante ha sido mi desasosiego.

No han sido el odio ni el desaliento los que me inspiraron volver, sino las crueldades de los tiempos:

Ya que estoy lejos de los míos, quiera Aquél que lo ha decretado testimoniarme Su gracia en el arreglo de mis negocios y en la mejora de mi condición”.

Inapreciable testimonio es éste que nos pone en camino de sopesar las condiciones del vivir en Jaén. Declara su autor que la mezquita aljama fué construída por orden de Abd al-Rahman II, bajo la dirección de Maisara, gobernador de la ciudad a la sazón. ¿En qué año? Recuérdese que el emir caracterizó su reinado, entre otras cosas, por un afán pacífico de levantar monumentos religiosos en los pueblos de su dominio donde se rindiera culto al Profeta. Es, pues, noticia que urge estimar como cierta la que nos facilita el texto traducido por E. Lévi-Provençal; y en cuanto al año, el mismo profesor hace constar: “En 825 Abd al-Rabman II hizo elevar la mezquita mayor de Jaén.” Pero hay más aún; mi ya citado antecesor. Cazabán Laguna, que a sus felices y poco comunes inspiraciones de poeta y artista unía sus cualidades de historiador y cronista local, al reproducir unas páginas del sevillano Gonzalo Argote de Molina —tomadas de su *Nobleza de Andalucía*, acerca de los reyes moros de Jaén y los baños árabes, descubiertos por don Enrique Romero de Torres en el año 1913—, las completa con preciados materiales de investigación que vienen ahora en ayuda nuestra (*Don Lope de Sosa*, núm. 43, páginas 204-5, año 1916). De ellos entresacamos lo que sigue: “Si los célebres y

admirables subterráneos, que en su oscura tristeza están pidiendo la mano que los desescombre, ventile y descubra, son interesantísimos como monumento de las construcciones civiles árabes de Jaén —acaso los más interesantes de su clase en España, por su extensión—, al relacionarlos con el hecho histórico del asesinato del rey moro, plantean una cuestión importantísima: la de determinar si sus elementos arquitectónicos corresponden a la época en que Alí reinó y se hizo fuerte en Jaén, porque entonces, así como sabemos por crónicas arábicas que la mezquita mayor de Jaén fué construída por orden de Abderrahman, califa de Córdoba, el año 826, así sabríamos por estudios de capiteles, tragaluces, bóvedas, compartimientos, materiales y procedimientos de construcción, si los empleados y perfectamente conservados en estos baños árabes coinciden con las obras de aquel tiempo. Y, de concordar, adelantariamos mucho para proseguir las investigaciones y poner en claro si se debe a Alí, no sólo la obra de estos baños, sino el Palacio Moro que se dió luego a los frailes de Santo Domingo y es ahora casa de los Uribes y Hospicio de Hombres; y aun si se debe a Alí la urbanización del populoso y entonces barrio principal, que ahora se llama de la Magdalena”.

Aluden, tanto Argote de Molina, como Cazabán Laguna, a un episodio de la historia musulmana de Jaén del que hablan los historiadores generales hispano-arábicos, aunque sospechamos que aún quedan por despejar algunas incógnitas referentes al mismo. Es aquel que Argote recoge en estos términos: “En los años luego siguientes, aunque la historia general dice en el año de 1002, siendo rey en Córdoba Alhatán, cuenta la misma historia que le hizo guerra un poderoso moro llamado Alí, y que habiéndose dado aquel año la batalla uno al otro, Alhatán fué vencido y Alí, vencedor, fuese a Jaén con todos los suyos donde lo recibieron por señor. El cual, reinando quieta y pacíficamente, estándose recreando en unos baños que había hecho, entraron dentro del baño unos eunucos, vasallos de Alhatán, y lo mataron allí, por cuya muerte los de Jaén alzaron por rey a Cacín, hermano de Alí, que a la sazón moraba en Sevilla. Luego que Cacín supo en Sevilla la muerte de su hermano, partió para Jaén donde lo recibieron por rey los berbe-

rías y allí reinó de la primera vez tres años y cuatro meses y veinte y seis días. Y haciendo diligencia en buscar a los castrados que al rey Alí, su hermano, mataron, prendió a dos de ellos en los cuales hijo justicia”.

¿Se ha podido comprobar si, en efecto, fué Alí el reyezuelo que hiciera esos baños árabes? En poco se ha estimado hasta la fecha semejante menester, de una parte, por no tener a la mano informaciones o manuscritos de que valerse (Jaén ha sufrido inauditas destrucciones de sus archivos y mutilaciones en los aún existentes, por fortuna hoy en trance de metódica ordenación y estudio) y de otra, porque apenas si existen en la capital restos arquitectónicos árabes que puedan solicitar tan amoroso cuidado. Los pocos que hay se conservan con una fisonomía en cierto modo típica aglutinados en el barrio de la Magdalena tan frecuentemente citado por los historiadores locales cuando de exhibir antigüedades se trata para conocimiento de viajeros y curiosos de nuestro ayer. Allí los baños son, cuando menos, dos: los descubiertos por Romero de Torres —sepultados indiferentemente en un olvido absurdo— y los que se conocen aún, a trasmano de la Magdalena, aunque totalmente inexistentes a causa de sus terreras, como de factura romana, hacinados en el primer tramo de carretera de Jaén a Martos. Allí, en el sector más evocador de las costumbres hispano-musulmanas de la ciudad, murallas desangradas, callejas que adolecen de caries, campillejos, mercadillos y rincones que asocian, al latido de la vida cotidiana, el pulso de las horas transcurridas leyendo las suras del Corán en el abandono misterioso: de la aljama; o preparando pertrechos de guerra; o siguiendo la aventura de las adolescentes picadas en los tratos y celestineos amorosos; o el entrar y salir en los lugares de las abluciones; o tal vez el eco de una casida dicha en voz baja a compás de los rumores del agua penetrada de perfumes orientales... Allí la casa morisca, el antiguo fruncir de mentes preocupadas a cuenta de la justicia del cadí, las galas cortesananas en el palacio que dicen del rey moro, la topografía ingrata que se desparrama entre los declivios de la fortaleza enhiesta —“cerro en cresta, imponente y rocoso”—, aun con roturas bermejas, y la fuga de silencios en vías que reptan, se contor-

sionan y se pierden con las pisadas de los moradores berberiscos.

Habría para recitar dulcemente la elegía de Sobeya —en *El Alcázar de las Perlas*, de Villaespesa— a la ciudad abandonada:

.....”
 Donde antes se elevaban a los vientos
 el alcázar, la torre y la mezquita
 de sólidos cimientos
 y muros de alabastro y malaquita;
 y hubo calles y plazas populosas,
 academias y espléndidos bazares,
 y jardines de nardos y de rosas,
 y huertos de granados y azahares...
 hoy tan sólo se ven escombros, piedras
 gastadas, murallones
 comidos por la lepra de las hiedras,
 lápidas con borrosas inscripciones;
 desangrados ladrillos que enrojecen
 el polvo con sus lúgubres destellos
 y rotos acueductos que parecen
 gigantes esqueletos de camellos;
 torreones sombríos
 enseñando las caries de sus muelas,
 y hasta algún ajimez de ojos vacíos
 muriéndose a la luz de las estrellas!

CAUTE ET ORDINATE

UNA reacción vigorosa se opera en nosotros para sacudir la pereza sentimental del recuerdo. Y volvemos a la actitud del investigador, *caute et ordinate*, con orden y con cautela, a la postura de la lechuza en la cabeza de Minerva.

Con sorpresa anotamos que un historiador concienzudo de la talla de Argote de Molina incurra en tan graves errores y

más aún que éstos no se hayan rectificado con el tiempo y sigan en calidad de materia cierta en las páginas de su *Nobleza de Andalucía*. No ha existido en toda la dominación musulmana rey alguno de Córdoba que se llamara Alhatán. Suponemos que sea al-Hakam II —segundo califa de al-Andalus— el soberano aludido por Argote. Discurren los años 961-976 de su reinado sin esas supuestas guerras en las que hace el historiador intervenir a “un poderoso moro llamado Alí”, que no es otro que el general beréber, gobernador de Ceuta, en el litoral norteafricano, Alí ben Hammud. Recuerda Lévi-Provençal la predicción que corrió por España ya en las postrimerías del Califato relativa a este soberano tráfuga: “Un rebelde cuyo nombre comenzará por la letra *ayn* se levantará en Ceuta para reinar sobre al-Andalus”. Y así fué, en efecto, como Alí ben Hammud derrotó a Sulayman al-Musta’in e hizo su entrada triunfal en la bella ciudad andaluza a primero de julio de 1016, es decir, cuarenta años después de muerto al-Hakam II, el pretendido Alhatán de Argote de Molina.

El año 1002 se conoce en las crónicas arábicas y latinas por el óbito de Almanzor, valido de Hisham II. La descomposición de la dinastía hispano-omeya pone a Sulayman al-Musta’in de relieve... hasta ser derrocado por el idrisí Alí ben Hammud. De él se cuentan ferocidades cometidas en los últimos meses de su corta dominación extranjera como represor de actitudes inquietantes en la población cordobesa. Le tildaron de usurpador por la fuerza y no ocultaban sus simpatías por la causa del omeya al-Murtada. Lévi-Provençal dice que “las más inicuas medidas —arrestos repetidos, confiscación de armas, pérdida de bienes, multas enormes— se cebaron de nuevo sobre el conjunto de la población” y “la única salvación posible era la llegada de al-Murtada para destronar al tirano”. ¿Qué ocurrió entonces? Trabajo nos cuesta desmentir al sevillano Argote —y a todos los que han hecho fe de sus informaciones en este caso—, utilizando el relato del historiador más moderno de nuestros días, el tantas veces nombrado profesor eminente de la Sorbona: E. Lévi-Provençal. Síguese de este modo: “Pero el pretendiente omeya tardaba en aparecer. Alí ben Hammud anunció su propósito de dirigirse a Jaén para atacarlo. Le faltó

tiempo. Por su propio impulso, tres domésticos esclavos del Alcázar resolvieron acabar con su señor. La noche del 21 al 22 de marzo de 1018 le asaltaron en los baños reales, le dejaron sin sentido arrojándole a la cabeza un pesado cubo de cobre, le remataron a puñaladas y se evadieron sin ruido. Un poco más tarde sus mujeres descubrieron a Alí ben Hammud nadando en un charco de sangre. Los partidarios Zanata se dieron prisa en avisar a su hermano mayor, que entre tanto había llegado a ser gobernador de Sevilla. Seis días después, al-Qasim ben Hammud llegaba a Córdoba y se hacía proclamar en ella califa, con el título honorífico de al-Ma'mun".

¿Dónde Jaén? ¿Ni qué invención es esa del asesinato de Alí en unos baños árabes de Jaén? Ningún historiador solvente lo confirma, ni Dozy, ni Guichot, ni Ballesteros y Beretta, ni Lévi-Provençal. Natural es que Alí ben Hammud se hiciera proclamar soberano, exigiendo de los walíes obediencia a su despotismo africano; pero aquéllos preferían la independencia y, en último extremo, la reposición en el trono califal de un omeya, razón por la cual no acataron de grado las pretensiones del hammudí triunfante. Este quiso someter a Jaén, pero ya dice el historiador más documentado del Islam en España que le faltó tiempo para ello: antes, descubierto en los baños reales de Córdoba, fué rematado violentamente por tres de sus domésticos esclavos.

Dejando a un lado otros errores admitidos incluso por inteligencias despiertas, tratamos de sentar que Yahya ben Hakam al-Bakrí pudo ser cortesano de Hisham I, si bien la personalidad entera del que aparece como una de las más curiosas figuras del IX siglo árabe-hispánico ("Ce personnage apparait comme l'une des plus curieuses figures du IX siècle arabo-hispanique", observa Lévi-Provençal en su *Islam d'Occident. — Etudes d'Histoire Médiévale*, vol. VII, pág. 91) centra su relieve histórico en la corte de Adb al-Rahman II. ¿Qué mucho que a los cuatro años de su reinado, o a los tres, según se acepte una u otra fecha —825-826—, asistiera al-Gazal a las determinaciones del emir en orden a la edificación por el fata Maysara de la mezquita almaja de Jaén? Cabe pensar que así fuera y aun que

interviniera en el proyecto, dado que es presumible su amor a la tierra de su nacimiento.

Nada se sabe de sus actividades en ella, de su vida, inclinaciones, aptitudes, estudios, sentimientos, creencias. No conocemos al biógrafo, caso de que lo haya, que hable de ellas. El mismo Maqqari no las alude, ni posteriormente el célebre historiador cordobés Ibn Hayyan. Las primeras noticias que tenemos de su presencia en la historia de los musulmanes en España las facilita Dozy en la suya. "Al morir —escribe— Hixem —796—, la nueva secta teológica gozaba de la mayor consideración, contándose entre sus adeptos a hombres jóvenes, hábiles, emprendedores y ambiciosos como el bereber Yahya-ben-Yahya, el discípulo más asiduo y entusiasta de Malic. Un día, mientras explicaba el profesor, pasó un elefante por la calle; todos los oyentes corrieron para contemplarle de cerca; sólo Yahya permaneció en su puesto con gran sorpresa del venerable maestro que, sin ofenderse porque le abandonaran por el mayor de los cuadrúpedos, le preguntó con dulzura: —¿Por qué no sales con ellos? Además, en tu tierra no hay elefantes.— No es para verlos por lo que he salido de España, sino para oír y aprovechar tus lecciones —respondió Yahya—; y esta respuesta agradó a Malic de tal modo que desde entonces llamó a aquél el *akil* —el hombre inteligente— de España".

Nos hallamos, imaginativamente, en el Oriente. Allí, en Medina, surge una nueva escuela religiosa iniciada por Malic-Ben-Anal, "fundador de una de las cuatro sectas ortodoxas del islamismo". Hisham I, que admiraba a este sapiente doctor, favoreció en España su doctrina, haciendo cuanto pudo por difundirla, "animando a los teólogos a que empuñasen el báculo de peregrino para ir a estudiar a Medina, y siempre eligió entre los discípulos de Malic los eclesiásticos y los jueces". Uno de éstos —animoso joven con el alma llena de creencias— fue Yahya, el hombre inteligente, el *akil*. "En Córdoba —sigue Dozy— gozaba de gran renombre, siendo considerado como el teólogo más sabio del país. Pero uniendo a su gran sabiduría un orgullo aún mayor, aquel hombre extraordinario poseía la fogosidad de un demagogo moderno y el espíritu dominador de un pontífice romano de la Edad Media". Cualidades y defectos

que abrieron enconada rivalidad entre los doctores malikitas y el sucesor de Hisham I, el emir al-Hakam II, incapaz de llevar una vida de anacoreta como habrían querido los faquíes", aunque piadoso y regalón.

Aspiraban éstos a intervenir preponderantemente en los negocios de gobierno; cerraba al-Hakam II contra la aspiración de los instigadores de la revuelta hasta el extremo de provocar rebeliones que los historiadores relatan con los hombres de la *Jornada del Foso*, en Toledo, y *del Arrabal*, en Córdoba, luego de otros sucesos de carácter insurgente a la cabeza de los cuales siempre figuraba nuestro héroe.

¿Qué clase de poder era el de Yahya, el jaenero, cuáles sus dotes y talento excepcionales para que al-Hakam II, al perdonar condicionadamente a los rebeldes y renegados, perdonara también al cabecilla, "refugiado en una tribu berberisca", le indultara, le autorizara para volver a la corte y le hiciera, de nuevo, objeto de su favor? ¡Ah! Las prendas del vencedor, aunque decaído, son, en todo tiempo y lugar, las que más se estiman, y así las de Yahya que Dozy pone de relieve. "Convencido de su error —anota, ya de gran personaje en la corte de Abd al-Rahman II—, por el mal éxito de aquella tentativa, comprendía que el clero, para ser poderoso, en vez de mostrarse hostil al soberano, debía captarse su apoyo y sus favores. Aunque su impetuosidad y altanería se amoldaban difícilmente al papel que se había propuesto desempeñar, su falta de consideración, su ruda franqueza y su selvática brusquedad no le perjudicaban del todo en opinión del devoto emir, que aunque había estudiado filosofía, era muy piadoso y atribuía la cólera del altivo doctor a ímpetus de indignación virtuosa. Toleraba, pues, sus frases atrevidas y hasta sus enojos; se sometía dócilmente a las rudas penitencias que su severo confesor le imponía; bajaba la cabeza ante el poder de aquel tributo religioso y le entregaba el gobierno de la Iglesia y la dirección de la Judicatura. Reverenciado por el monarca, sostenido por la mayoría de los faquíes, por la clase media, que le temía, por el pueblo, con cuya causa se había identificado desde la rebelión, y hasta por muchos poetas, cuyo apoyo no era de desdeñar, Yahya gozaba de un inmenso poder. Y, sin embargo, no tenía ningún empleo, ninguna posición oficial; si go-

bernaba todo desde su esfera, era por el solo brillo de su nombre. Déspota de corazón, aunque antes había anatematizado el despotismo, lo ejercía, sin escrúpulo ahora que las circunstancias lo permitían. Si los jueces querían conservar sus cargos tenían que convertirse en ciegos instrumentos de su voluntad. El emir, que a veces pretendía emanciparse del yugo de Yahya, ofrecía más de lo que luego se atrevía a cumplir, comprometiéndose a sostenerlos. Aniquilaba a cuantos se atrevían a resistirle; pero, ordinariamente, cuando quería desembarazarse de un cadí que le contrariaba, se limitaba a decir: “¡Preséntame tu dimisión!” No de otro modo que de costumbre en las instituciones políticas de aquella época y de todas, un valedor y valido de Abd al-Rahman II impone su genio con fuerza de fascinación y lenguaje de poder. Cual más, cual menos, los autores de crónicas árabes medievales, tanto de ayer, como de hoy, y nuestros maestros de moderna historia española —un Ballesteros y Beretta, un Menéndez Pidal—, así como también los arabistas más calificados, entonan alabanzas al imperioso ademán de Yahya para que su voluntad, que no su capricho, regida siempre por una inteligencia poco común, fuera respetada. Hasta se da el caso extraordinario de imponerle sanciones y penitencias al emir “por infringir los mandamientos de Mahoma relativos a la abstinencia de mujeres durante el mes del ayuno”, según nos cuenta Abén-Jalicán.

Genio e ingenio: ambas cosas jugaban en Yahya ben Hakam al-Bakrí de quien dice el profesor Lévi-Provençal que era, al mismo tiempo, un poeta reputado y audaz por sus sátiras y la prontitud de sus réplicas (“Yahya al-Ghazal était en même temps un poète réputé et craint pour ses satires et la promptitude de ses répliques...”). Y después, en distinto texto: “Al-Gazal era un poeta de palabra hiriente y enormemente temido por sus sátiras implacables, compuestas en una lengua clara y libre de todo artificio retórico, que las hacía perfectamente asequibles a todo el mundo. Era tan famoso por sus réplicas ingeniosas, aunque a veces groseras, como por su avaricia, que le hizo pedir a la emperatriz Teodora alhajas para sus hijas, a las que, por otra parte, antes de salir, había logrado una pensión del monarca cordobés. Nadie —exceptuando tal vez el príncipe— se hallaba seguro de su maledicencia, y sus pullas incisivas no perdonaban ni a los alfaquines,

en particular a Yahya ben Yahya, que era su jefe más bullidor y más temido.”

Ilustremos este interesantísimo y aun romántico pasaje de al-Gazal y la emperatriz Teodora, en Bizancio. Por Maqqari sabemos que Abd al-Rahman II recibía, allá por la primera mitad del siglo IX —un día del año 840— una diputación bizantina que el soberano reinante en Bizancio, Teófilo, le había enviado en solicitud de concertar con él un tratado de amistad y ayuda mutua para reivindicar en Oriente el patrimonio de sus antepasados sirios, combatir a los enemigos natos de bizantinos y omeyas y rescatar Creta en manos entonces, de un notable español. El enviado por el emperador Teófilo era un súbdito griego llamado Qartiyus, perfecto conocedor del árabe.

De no haberse encontrado recientemente documentos árabes preciadísimos, poco sabríamos hoy de las causas determinantes, pormenores y anécdotas de esta embajada y poco de la que, en respuesta a Bizancio, ordenó Abd al-Rahman II; documentos que “se trouvent groupés dans un fragment étendu d’une chronique árabe découvert avec bien d’autres manuscrits importants dans une dépendance demeurée longtemps inexplorée de la bibliothèque de la grande mosquée d’al-Karawiyin á Fés” (*Islam d’Occident. Etudes d’Histoire Médiévale*, por E. Lévi-Provençal, edición francesa de 1948, página 84). Así ha podido reconstruirse, gracias al propio autor que citamos, la arquitectura política de las diputaciones en cuestión. Enteramente averiguado que Abd al-Rahman II recibió con verdadero contento a Qartiyus, el emisario griego portador de un mensaje y valiosos regalos de Teófilo, reenviándole a Constantinopla en compañía de dos personajes principales de su séquito, dicen que versados en las ciencias exactas: nuestro Yahya al-Gazal y otro Yahya apodado “el hombre del relojito”, al parecer por haber ideado un modelo novísimo de clepsidra.

Débase al cronista cordobés Ibn Hayyan la autenticidad del mensaje del emir andaluz al emperador bizantino. Lo traslada Lévi-Provençal, redactado en francés, a su *Islam d’Occident*. En realidad no nos interesa el mensaje, sino los datos relacionados con el viaje de al-Gazal y el curioso anecdotario de su presencia en la corte de Teófilo. A las fechas de tan importante misión

diplomática tenía Yahya ben Hakam al-Bakrî una edad muy avanzada. No sin haber obtenido antes una pensión digna para los miembros de su familia —asegurándoles en Córdoba la existencia frente a los riesgos de su partida— hizosé a la mar con su colega y homónimo Yahya y el intérprete Qartiyus en un puerto de Murcia. Viaje azaroso, tempestades coléricas durante la penosa travesía y, al fin, la llegada a Constantinopla. Un hombre de las raras prendas de al-Gazal, poeta, doctor, jurisconsulto, cortesano satírico, sagaz y hábil constructor de éxitos para su inconfundible persona, no había de tardar en mostrarse a los visitados con las arrogancias y vivezas de palabra que le ganaron fama. Así como de aventura romántica o cuento legendario parecen ser los episodios que se narran en el manuscrito de Ibn Hayyan. Invitado al-Gazal a prosternarse delante del soberano, rehusa el protocolo, alegando que un musulmán digno de este nombre sólo ha de humillarse ante su Creador; y para hacer patente su indomable altanería, se vale de la astucia. Trataban de obligarle a penetrar en la sala de audiencia por una puerta rebajada que le haría doblegarse al franquearla, lo cual, de cierto, equivaldría a lo que primeramente deseaban que hiciera; pero el jaenero no es buena pieza de juego para introductores y en el momento de pasar a la vista del emperador, a efectos de su representación diplomática, se vuelve, entrando de espaldas por la puerta baja y mostrando así cara al trono la parte menos honorable de su persona. Todo en menos tiempo del que invierten los cronistas en contarlo, puesto que al-Gazal, dándose un rápido viraje, recobra su arrogancia y saluda al bizantino con una leve inclinación de cabeza. Caso insólito que a éste le hace sonreír y proclamar ante los dignatarios que le rodean la sabiduría de que viene precedido el enviado andaluz.

Otra vez, en el curso de su estancia en Constantinopla, invitado por el emperador, al-Gazal desea beber. Se le sirve en copa de oro adornada con piedras preciosas. Satisfecha su sed, vierte el agua que aún quedaba en la copa y se la guarda gentilmente, acto que reprocha Teófilo a pretexto de considerarlo poco delicado. “Nuestros príncipes, aquellos con quienes buscáis amistad —replicó al-Gazal—, tienen la costumbre, cuando algún embajador importante solicita beber en su presencia, de hacerle llevar

un vaso precioso que puede conservar después de haber bebido. Si esta costumbre de mis soberanos no es la vuestra estoy dispuesto a restituir la copa." Y haciendo ademán para retirarla de sí, Teófilo, avergonzado, le dió a entender con un gesto que podía guardarla.

Diríamos, sin temor a equivocarnos, que estos episodios carecen de originalidad en cuanto que existen versiones más o menos aproximadas en la literatura popular de muchos países. Vale la pena, no obstante, recordarlos, si bien los de más valor —para completar el trazado personal de Yahya ben Hakam al-Bakrí— son los que le acercan a la emperatriz Teodora, esposa de Teófilo, y a su hijo, el príncipe Miguel. Puede suponerse la extraordinaria simpatía conquistada por al-Gazal en la capital bizantina, de modo especial, la simpatía prometedora de la soberana. Fué verla, en el curso de una audiencia, ataviada con gran aparato de galas y joyas, y quedar subyugado por su belleza deslumbrante; tanto que su mudez, su inatención a las cuestiones de que le hablaba el emperador, denunciaban su admiración. Al dar excusas por ello, al-Gazal improvisó un razonamiento tan seductor para Teodora que ésta se dispuso a mostrarle gratitudes amables a tono con el aire enamorado que la acariciaba. Se había alojado la diputación española en un palacio llamado por el cronista árabe "academia de mármol blanco." La emperatriz, sin poder resistir la tentación de conversar con al-Gazal, le visitó en compañía del príncipe, concibiendo la idea de obsequiarle con vino. El poeta y viajero de Córdoba —inabordable para esta bebida —compuso en recuerdo de la visita— minuciosamente referida por Ibn Hayyan— unos versos, cuyo texto nos ha sido conservado, en los que se encuentran las imágenes más queridas de los verificadores musulmanes de la época.

Aureolado por un raro prestigio, como esos seres extraordinarios, únicos, en los que la fuerza, el poder, la agudeza del ingenio, la sabiduría científica o teológica, la estimación de sí mismos y aun el soberbio desdén por cuanto no conjuga con su altivez mental les hace creerse superiores a todo un mundo inferior que les rodea, el *akıl*, el jaenero altivo y jocundo abandona Bizancio... no sin hacer presa en las atenciones y complacencias

de la emperatriz. A la hora de salir para España, una nueva argucia conmovedora le gana el favor de un collar de perlas valiosísimo para sus hijas por haber elogiado su belleza de mujer con acentos apasionados de trovador. Singular regalo que vino a ser—algunos cronistas lo suponen— el origen de la fortuna inmensa de al-Gazal.

No terminan aquí las peripecias del viajero, ni las reales, ni las que se derivan de imaginaciones sostenidas largo tiempo por escritores árabes de época tardía, tales que Ibn Dihya, fallecido en el Cairo en 1235 y autor de una antología poética del Occidente musulmán. Sin duda, este Ibn Dihya es el causante de una fantástica versión llegada hasta nosotros acerca de los nuevos cumplimientos diplomáticos confiados por Abd al-Rahman II a al-Gazal, concretamente el que dicen del rey de los normandos. No la eliminan de sus obras más recientes Ballesteros y Beretta y González Palencia. Este escribe en su *Historia de la Literatura árabe-española* (página 44): "Fué un diplomático sagaz del emir Adderráhmen II cerca del rey de los normandos, en cuya corte llegó a tener grandes simpatías, especialmente de la reina Nud y de las damas de su séquito. Con ocasión de su embajada recitó bellos versos, así como en otras a distintas cortes cristianas." Pero la investigación al día desmiente el hecho, atribuyéndolo a una leyenda basada en Ibn Dihya y no confirmada ni siquiera aludida por Ibn Hayyan. El propio Dozy la recoge en su memoria de *Los normandos en España*; pero Lévi-Provençal—última palabra en la debatida cuestión— la rechaza en estos términos: "De creer a ciertos cronistas musulmanes de época tardía, el mismo Yahya al-Gazal y su compañero de viaje a Constantinopla habrían sido encargados por Abd al-Rahman II, en uno de los años siguientes a su regreso, de una segunda embajada, esta vez cerca del rey de los normandos, con objeto de disuadirle de intentar un nuevo desembarco en España. El poeta y su compañero habrían desempeñado su misión en el norte de Europa, después de una peligrosa travesía por el Atlántico, y regresado a Córdoba al cabo de nueve meses. Ahora bien: se trata de una fábula inventada de pies a cabeza. El relato de esta falsa embajada a Escandinavia, imaginado en el siglo XII o en el XIII, aparece como sumamente sospechoso, apenas es examinado con

alguna atención, y se vé que los elementos más o menos maravillosos que lo componen están en su mayoría tomados de los episodios, ya registrados en el siglo X, del viaje de al-Gazal al imperio griego. Indudablemente, la insólita gestión del emperador de Bizancio en Córdoba y el audaz desembarco de los vikingos en tierra española, que tanto una como otra entrañaban algunos datos novelescos, acabaron por fundirse en la creencia popular de los andaluces y por favorecer el nacimiento de una leyenda común, que había de deformar paulatinamente la realidad histórica." (*España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba*, vol. IV, página 165, de la *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal).

Dejemos, pues, tranquilo en su vacación cordobesa a este gran adelantado de la sabiduría malikita en las cortes andaluzas; dejémosle en su privanza cerca del emir, administrando justicia, adoptando actitudes de intransigencia contra los caides, imponiendo su prestigio, zahiriendo al cantor Ziriyab con sus ironías como agujas buídas; dejémosle que escriba su *archuza* (poema histórico en verso *rechez*, el más vulgar de la métrica árabe) sobre las conquistas de los musulmanes en España, de la que opina Abenhayán era "hermosa y extensa, exponía las causas de la conquista y los diferentes sucesos ocurridos entre los musulmanes y los andaluces, detallaba el número y nombre de los emires de esta región, en estilo elegante y profundo, y se hallaba en manos de todos", aunque la posteridad tenga que lamentar su desaparición.

La característica más acusada de Yahya ben Hakam al-Bakrí, al que se nos ocurre llamar el *jaenero ignoto*, era su arrogancia varonil como exponente de su hermosura física y su despejo mental. Burlándose a cada paso de las excentricidades de Ziriyab, hacíale objeto de su menosprecio despiadado y aun de su sarcasmo, causa por la cual fué desterrado al Irak, "donde llegó poco después de la muerte del poeta Abunoguas, cantor del vino y de los placeres de la vida" en la corte bagdalí de Harun al-Rashid. Valiéndose de Maqqari, el alemán Schack se recrea en la descripción de las audacias de Yahya en tertulias literarias donde se rendía culto a la vanidad de Abunoguas. "Encontrándose Yahya —dice— en una tertulia de literatos, oyó hablar a ca-

si todos los que allí estaban con gran desprecio de los poetas españoles. La conversación recayó luego sobre Abunoguas, que había muerto hacía poco. Yahya nada había contestado antes a las críticas contra los poetas españoles, pero entonces empezó a recitar una poesía, dándola como obra de Abunoguas. La poesía fué aplaudida extraordinariamente. Cuando el entusiasmo del auditorio llegó a su más alto grado, Yahya exclamó: “¡Moderad vuestra admiración; los versos son míos!” Y como nadie, al principio, quisiese creer su aserto, Yahya recitó aquella casida suya que empieza con estas palabras:

*“He cometido mis pecados en los vasos de buen vino,
disipando en sus vapores mi virtud y mi vergüenza...”*

¡ESAS TRES MORICAS...!

A UN hemos de rectificar el error en que suelen incurrir no pocos articulistas: confundir al-Gazal con Algazel. El primero, Yahya ben Hakam al-Bakri —de cuyas resonancias áulicas queda memoria en este apasionado estudio—, nada tiene que ver con el segundo, Abu Hamid Ibn Muhammad al Tusi al-Ghazali (1058-1109), “el espíritu más original de la escuela árabe”, pensador, teólogo, filósofo sufista, quien —en opinión de Alfred Guillaume, director del Culham College, en *El Legado del Islam*, pág. 353— “ha conservado en el Islam una situación análoga a la que ocupa Santo Tomás de Aquino en la Cristiandad”.

Y, finalmente, *Las tres morillas* que nos enamoran en Jaén nos están pidiendo, como beldades moras que son, algunas aclaraciones que juzgamos necesarias. En concreto, el popular zéjel de que se sirvió don Julián Ribera para su concepción histórica de la música medieval, carece de paternidad literaria definitiva. Ignoramos, al menos, el nombre de su autor y sólo venimos repitiendo que se trata de un cantarillo típico procedente del acervo poético anónimo del siglo XV. ¿Anónimo? Entiendo que ya es hora de salir de tales imprecisiones, aventurándose en el espacio de la conjetura. No hasta decir con González Palencia: “Asun-

to y música que se remontan a la época de Harun al-Rashid, y que todavía en el siglo XVI se cantaba en España, y en el XIX lo ha recogido en Portugal la señora Michaelis de Vasconcellos." ¿Qué tienen y qué no tienen de común —preguntaba yo en mi libro folklórico *La Jaenera*— las tres garridas moricas con la trulla de aceituneras que marchan, al clarear el día, al tajo para seguir, de año en año, las operaciones de la recolección? El asunto es viva expresión de un costumbrismo agrícola provincial que, de antiguo, valora las virtudes de la mujer jaenera de condición humilde.

*"Tres morillas me enamoran
en Jaén:*

Axa y Fátima y Marién.

Tres morillas tan garridas

iban a coger olivas

y hallábanlas cogidas

en Jaén,

Axa y Fátima y Marién".

La nota temática del cantar o villancico popular andaluz es poco más o menos la misma que inspiró la famosa "serranilla de Bedmar" al frontero de Jaén, mílite y poeta, Marqués de Santillana, en 1438, si bien esta composición tenga el airecillo apicarrado que aquélla no tiene... digamos antes de ponerle letra erudita, como postizo en brocado, Diego Fernández.

"Entre Torres e Ximena,

a cerca de un allozar,

fallé moça de Bedmar,

Sanct Jullán en buen estrena."

En uno y otro caso ha de tenerse en cuenta que el caballero pesquisador de aventurillas galantes, o simplemente el enamorado de la belleza campesina, pretenden el favor de las que son expresión y hechura viva de las prendas íntimas que traduce esta respuesta intencionada:

*“Caballero, bien repuna
vuestra condición y fama,
mas quien tres amigas ama
no es amador de ninguna;
una a uno y uno a una
se quieren bien
Axa y Fátima y Marién.”*

O esta de la “serranilla de Bedmar”:

*“..... No curedes,
señor, de mi compañía;
pero gracias e mercedes
a vuestra grant cortesía;
ca Miguel de Jamilena
con los de Pegalajar
son pasados atajar:
vos tornad en Ora buena”*

Al califa abbasí Harun al-Rashid se le atribuye, sin fundamento alguno, la paternidad literaria de nuestro zéjel; también al cantor de su corte fastuosa, Ziriyab. En su manual de *Historia de la Literatura árabe-española* (página 55), nota González Palencia: “Almostáin, monarcā omeya de Córdoba (1009) “compuso unos versos en que quiso emular a Harun al-Rashid” en el tema de las tres muchachas, de gran transcendencia en la música española”. ¿Qué razones pueden hoy sostenerse, texto a texto, para creer que aquél fuera el autor de *Las tres moricas*?... ¿Por qué había de serlo, desconocedor del costumbrismo longícuo de Jaén en orden a sus tradiciones populares agrícolas? No existe prueba seria que avale tal suposición, ni nos parece admisible la de que Ziriyab, el “pájaro negro, de canto melodioso”, compusiera el zéjel, si bien nos repugna menos esta idea, ya que Ziriyab, músico, cantor y, a su modo, poeta en la corte de Harun, como después en la de Abd al-Rahman II, ejerció su privanza áulica en Córdoba y en los estados del monarca y acaso tuviera ocasión de inspirarse en los atractivos de la mujer jaenera; pero es más cierto que

para sacar de su anonimato poético tradicional al cantarcillo típico, cabe imaginar que éste lo escribiera y animara uno de aquellos musulmanes enamoradizos que en el siglo IX consagraban su lírica andaluza a Jaén acuciados por el recuerdo de los bienes o las venturas idos. ¿Y por qué no centrar la atención en Yahya ben Hakam al-Bakrí, “árabe oriundo de Jaén al que en su juventud habían dado el apodo de al-Gazal, “la gacela”, por su esbeltez y belleza?”



